

ESPACIO — EL MUNDO FUTURO

johnny garland

UN DÍA DESPUÉS

JOHNNY GARLAND

UN DÍA DESPUÉS

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 Dr. Julián Álvarez, 151
BARCELONA BUENOS AIRES

Depósito Legal: B. 24.868 - 1969

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - BARCELONA

«Y después… todo es silencio.»
Hamlet, escena final
(W. SHAKESPEARE).

CAPÍTULO PRIMERO

Aquel fin de semana lluvioso…

Es lo primero que recordé.

Tiene gracia, pero eso fue lo primero. No se me ocurrió otra cosa. Me vino a la mente con una rapidez pasmosa, como un puro pensamiento reflejo, como algo alojado durante mucho tiempo en mi subconsciente, repentinamente surgido a la luz, en cuanto tuvo ocasión de ello, y vio un resquicio por donde filtrarse.

El fin de semana y la lluvia. El viernes, el sábado, el domingo…

Sobre todo, el domingo.

Es cuando más había llovido. Eso sí que lo, recordaba bien. Casi podía percibir aún los ecos del tamborileo del agua en las ventanas de la casa, en las portezuelas y ventanillas del coche, en el jardín de aquel edificio silencioso y aséptico al que me habían llevado.

Esos ecos estaban en mí aún. O parecían estarlo, allá en el fondo de mi cerebro dormido que luchaba por despertar, por volver a la normalidad absoluta.

El domingo había llovido tanto en aquel fin de semana… Era un día irritante. A mí me lo pareció. Luego, de repente, le había encontrado algo hermoso. Algo increíblemente bello. En todo; en el cielo nublado, en la lluvia, en el viento desapacible, en el suelo mojado y en las charcas de la ruta. Todo era hermoso. Todo *podía* ser hermoso.

Hubiese querido seguir contemplando la lluvia en el jardín, desde el consultorio del doctor Janos Vadar. Hubiera deseado salir de la casa, arrodillarme entre los setos y los macizos de flores, a acariciar las hojas mojadas, a hundir mis dedos en la tierra húmeda y fría.

No fue posible. Eso no entraba en el programa. Y el programa tenía que cumplirse rígida, estrictamente. Allí dentro, todo era estricto. Como medido y previsto de antemano, sin el menor margen a la improvisación, a lo inesperado, a lo insólito.

El doctor Janos Vadar no era hombre de grandes aspavientos ni

palabrería rebuscada. No tenía tampoco, ésta es la verdad, nada especial en su aspecto externo. Hubiera podido pasar muy bien por un catedrático vulgar, en cualquier universidad, e incluso por un artista algo bohemio y descuidado, con su melena larga, rizosa, con su rostro anguloso e inquieto, con su mirada desvaída y cambiante.

— Usted es el paciente, ¿verdad? —me había preguntado.

Yo afirmé. Claro que era el paciente. ¿Quién esperaba que fuese?

Me explicó en seguida la razón de su pregunta:

—Tiene buen aspecto, señor Garfield —me dijo—. Demasiado bueno para ser usted… mi paciente.

Me estremecí. Sí, posiblemente era demasiada buena mi apariencia. Pero sólo mi apariencia.

—De todos modos, soy yo, doctor —hablé inútilmente—. Y ya sabe a lo que he venido.

—Claro —me estudió como el biólogo estudia una muestra nueva en su microscopio. Sacudió la cabeza, como quitando importancia a algo—. No se impresione demasiado. Es más simple de lo que parece.

—Es lo que me dijeron.

—¿Viene solo?

—Solo, sí. Me trajo el doctor Aldrich.

—¿Y su esposa?

—No sabe nada.

—Tal vez sea mejor… —suspiró. Me escudriñó, incisivo—. ¿Sus hijos?

—No los tengo.

—Bien… ¿Familia?

—Lejana. Apenas tenemos relación.

—¿No quiere que venga nadie para estar presente cuando… cuando usted…?

—No —negué—. No quiero que venga nadie.

—¿Tiene miedo?

—¿Miedo? —sonreí, moviendo negativamente la cabeza—. No, no lo tengo, doctor. ¿Por qué había de tenerlo, después de todo?

—Claro. Pero no siempre se afrontan las cosas con el valor suficiente. No todos los hombres reaccionan con serenidad en ciertos trances.

—No se preocupe por mí. No he perdido mi serenidad. No

habría motivo para ello. Lo peor ya pasó.

—Usted es muy joven, ¿verdad?

—No tanto como parezco —reí levemente—. He cumplido ya los treinta años. Mary Ann sólo tiene veinticuatro…

—¿Mary Ann? ¿Su esposa?

—Por supuesto. No hay otra mujer en mi vida, doctor.

—¿Qué reacción será la suya cuando sepa…?

—¿Tiene que saberlo?

—Bueno, supongo que tiene que saber algo.

—Exactamente, ¿qué?

—Algo… —se encogió de hombros—. Tiene que saber si usted está vivo… o está muerto. Eso ante todo.

—Digamos que ha de ser informada de lo último. Yo he muerto, doctor. Es lo que ella debe de conocer.

—¿Es justo?

—Es inevitable —sonrió amargamente—. De todos modos es la muerte, ¿no?

—No, señor Garfield. No es la muerte. Si lo fuese, nada de lo que hacemos valdría realmente la pena. Si lo fuese, ¿qué valor tendría nuestra labor? ¿Por qué invertiría usted diez mil dólares en esto?

—Es verdad —suspiró—. Supongo que lo hago por algo, doctor. No se paga para morir. Pero Mary Ann no entendería esto. Ella preferiría esperar aún…

—Esperar… ¿qué? —el doctor Vadar enarcó sus cejas, contemplándome largamente—. Usted sabe cuál es su caso clínico. No es ningún tonto, señor Garfield. Sabe que su dolencia… no tiene remedio.

—Sí —apreté los labios. Respiré muy hondo—. No tiene remedio. La ciencia aún no lo conoce, es la verdad. Pero Mary Ann diría…

—Sé lo que su esposa diría —una luz burlona asomó a los ojos inteligentes y vivaces de aquel hombre—. Conozco a las mujeres, señor Garfield. Ella aseguraría que hay que tener fe, hay que confiar en Dios, esperar un milagro… y no hacer nada. No intentar nada. ¿Sabe una cosa, señor Garfield? Los cementerios del mundo están llenos de gentes que confiaron, que tuvieron fe, que esperaron el milagro científico, el imposible. Tuberculosis, difteria, malaria, meningitis, cáncer, coronaria, lo que usted quiera, la enfermedad

que prefiera. Pero ahí están todos. Muertos. Enterrados. Sin vida. Se acabó todo para ellos el día que su mal hizo crisis. El remedio clínico prodigioso no existía aún. A veces, se llegó a descubrir uno. No siempre, pero se descubrió. Y para entonces, ya había millones de seres enterrados. Ahora, sabemos de lo que es capaz la ciencia. La medicina, la biología, la cirugía, las drogas, milagrosas casi, surgen en cualquier momento. Todo progresa a pasos agigantados. Dentro de cincuenta años, su mal no revestirá importancia alguna. Habrá otros, porque siempre hay «otra enfermedad» que se resiste a ser vencida. Pero la suya se curará con una tableta, un inyectable o, simplemente, una dosis de una droga portentosa. Pero hoy desgraciadamente, no existe esa esperanza para usted. Los laboratorios trabajan, los científicos investigan sin descanso… Sin embargo, el éxito está lejos aún. Y usted no puede esperar.

—No. No puedo esperar —entorné los ojos—. Los últimos análisis los efectué la pasada semana. Usted sabe el resultado.

—Lo sé —afirmó, contemplando una tarjeta de un material plástico especial, que junto a una cinta magnetofónica, una *cassette* azul, reposaba dentro de una caja plástica blanca, con mi nombre y apellidos en visibles cifras negras—. Aquí tengo todos sus datos clínicos, señor Garfield. Le acompañarán a usted ahora, al lugar adonde va. Cuando alguien los lea, será porque ya hay remedio para su mal. Pero ahora, en este preciso momento… usted dispone solamente de dos a tres meses de vida. Ni uno más, ni uno menos.

Asentí. Dos o tres meses de vida. A mis treinta años. Pletórico de energías, de salud, de vitalidad y fuerza. Y me quedaban unas fechas solamente de vida. Toda mi naturaleza poderosa en apariencia, estaba sentenciada a un rápido fin. A una muerte ineludible, inmediata. Además, llegado el momento, la agonía iba a ser lenta, dolorosa, tan terrible para mí como para Mary Ann. Conocía otros casos con mi dolencia. No sería el primero en morir entre gritos y llanto de dolor, pese a los remedios, a la morfina, a los calmantes en dosis masivas…

Eso me aterraba. Eso me angustiaba. Por Mary Ann, sobre todo.

Pero eso no iba a ocurrir ya. No sé lo que le causaría más daño a ella. Pero esto sería tan rápido, tan súbito… Seguramente ella no iba a sufrir tanto como del otro modo… Sí, era mucho mejor así. Para ella, para mí… para todos.

—¿En qué piensa, señor Garfield? —preguntó suavemente el doctor Janos Vadar—. ¿Le preocupa algo?

—Me preocupa todo esto que me rodea —señalé alrededor mío. Al aire, a las cosas, a la luz, a cuanto tenía en torno mío—. Significa la vida, doctor. Significa seguir siendo. Y ahora, ¿qué seré yo? ¿Volveré a ser algo alguna vez?

—No tiene nada que temer. Las garantías son absolutas. No va a morir. Va a esperar, simplemente. A esperar su retorno…

—Mi retorno… —musité, sacudiendo la cabeza—. Dios mío, ¿será posible?

—*Es posible* — me respondió el doctor Vadar, sonriendo—. Usted va a verlo. Va a saberlo y experimentarlo en su persona. Todo está garantizado, asegurado. La ciencia llegará a la meta, como ha llegado a otras. Es sólo cuestión de tiempo. Tiempo, ¿entiende? Eso es lo que no le sobra al ser humano. Tiempo… Y nosotros se lo concedemos. Le proporcionamos la posibilidad de esperar, justamente cuando no hay espera. Después, todo es sencillo ya.

—Esperar… ¿por cuánto tiempo, doctor? —preguntó.

—Eso… es lo que nunca se sabe. Nadie puede concretar eso.

—Puede ocurrir que entonces… ya no exista nadie de hoy. Ni usted, ni Mary Ann.

—En el supuesto de que su mal se resista a los esfuerzos médicos… sí, es posible. Pero usted aceptó previamente ese riesgo. No hay un tiempo límite. Puede ser un año, pueden ser cien. O mil.

—O la eternidad.

—Nada es eterno, señor Garfield. Y menos aún la solución clínica a una enfermedad. Es cuestión de tiempo. Y cuando hay tiempo por delante, no hay eternidad. Lo eterno es, a la vez, tiempo infinito y ningún tiempo. ¿Me comprende?

—Trato de hacerlo —suspiré—. Doctor Vadar, ¿es doloroso?

—No, no —sonrió, haciendo un gesto vivaz—. En absoluto, amigo mío. Ni doloroso ni difícil. Basta una inyección. Hace su efecto a los pocos minutos. Usted se duerme.

—Y ya no despierto…

—Claro que despierta. Sólo que no sabe cuándo.

—¿No hay peligro ninguno de que falle el procedimiento?

—¡Qué tontería! Todo está perfectamente controlado y asegurado. Usted pasa entonces a nuestra instalación especial de

cryonización. Se le somete a una temperatura bajísima todo el cuerpo. Prácticamente, queda congelado. Se inyecta una solución especial en sus venas, para que la sangre no quede nunca coagulada absolutamente, y al volver a la temperatura precisa para ser vivificado, continúe su sangre siendo líquida, y circulando de forma absolutamente normal. Es introducido en una de las cápsulas cryónicas, y envuelto en un compuesto de helio, a temperaturas muy bajas, y sin humedad alguna. Su cuerpo, así, se conserva indefinidamente, en una temperatura siempre uniforme e idéntica, sin altibajo alguno. Su historial clínico y sus datos le acompañan dentro. Su nombre figura en el exterior, en la parte de la cápsula donde van los graduadores de temperatura interior y los sistemas de control de los cierres de seguridad que ya, jamás, volverán a ser accionados, hasta el día en que otra generación, o quizá nuestra propia generación si hay fortuna, le extraigan para someterle al tratamiento debido, una vez posible la curación de su dolencia. Esas cápsulas pasan a un lugar especial, solamente conocido por nuestra entidad, donde usted esperará el momento en que deba volver a la vida. Una vida que nunca abandonó, porque no estará muerto, sino en un reposo absoluto, en un estado de hibernación prácticamente, a la espera del gran día en que le sea posible volver a la vida, con un remedio para su mal, con la seguridad de poder vivir la existencia que le corresponde. Se ha hecho ya en muchas ocasiones, aunque siempre con cadáveres, con personas que murieron de ese mal y que desearon, en vez de ser sepultados de modo natural, esperar una resurrección para que médicos o cirujanos de un período más perfecto, resolvieran su mal, con lo que automáticamente volverían a la vida, ya que ese mal fue la causa de su muerte prematura, y apenas murieron, sin tiempo a la descomposición o a la coagulación sanguínea y el enfriamiento mortal de sus tejidos y vísceras, fueron sometidos al proceso de cryonización (1[1]) Como ve, todo simple, seguro, preciso.

Hubo un silencio. Asentí. Expuesto así parecía todo tan simple, tan tremendamente natural y fácil… Clínicamente, tal vez no sería igual que morir. Pero, a los efectos, yo estaría muerto desde ese momento. Mary Ann me lloraría en un cementerio cualquiera, en el que yo ni siquiera estaría, porque me hallaría en una cápsula de cryonización, sometido al frío que somete al ser humano a una

gélida muerte aparente, a la espera de un remedio para su dolencia incurable. O a la espera de la nada, si ese remedio nunca surge…

Hacía falta valor para aceptar la experiencia. Mucho valor, porque yo no estaba muerto aún, y disponía de unas cuantas semanas de vida por delante. Unas semanas que disfrutar junto a Mary Ann, unas semanas gastando mi dinero en unas vacaciones maravillosas y definitivas antes de dirigirme al encuentro de la descarnada adversaria que me esperaba, acechando en alguna parte…

Esa tentación la dominé lo mejor posible. Renuncié a mi cupo sobrante de vida. Renuncié incluso a Mary Ann. A todo.

Ella podría continuar su vida sin mí. La dejaba suficiente dinero para que nada le faltase. Le evitaba la larga agonía, los sufrimientos de mi lenta muerte dolorosa… Cuando regresara de su viaje a ver a sus parientes, yo estaría muerto ya. Y enterrado. Iría al cementerio, lloraría ante mi tumba… y todo terminado…

Mientras tanto, yo esperaría.

Esperaría… ¿qué?

Eso, ni el doctor Vadar ni yo mismo podíamos responderlo. Dios y el futuro tenían la palabra.

Mi futuro. O nada. Ni futuro, ni vida, ni resurrección. Quería ser un nuevo Lázaro. Un Lázaro de la ciencia. Pero ¿tendría poder la ciencia para hacerme volver al mundo de los vivos, cuando mi enfermedad tuviera remedio, si llegaba a tenerlo alguna vez?

Ahuyenté esas dudas lo mejor posible. No quería vacilar. No debía vacilar. No ahora, cuando todo estaba ya virtualmente decidido.

—Muy bien, doctor —dije, tomando aliento—. ¿A qué esperamos? Estoy dispuesto.

Me miró muy fijamente. Sonrió. Parecía admirarle mi decisión.

—Excelente, señor Garfield —habló, con lentitud—. Vamos ya…

Le seguí fuera de su despacho, al edificio blanco que se descubría al lado opuesto del jardín. Un edificio sin duda destinado a las manipulaciones cryónicas…

Traté de no pensar en nada. Solamente en un rostro dulce, pálido, de cabellos rubios y mirada muy azul.

—Adiós, Mary Ann —musité, cruzando el jardín tras el doctor Vadar—. Adiós para siempre, cariño…

CAPÍTULO II

Adiós, Mary Ann… Adiós para siempre…

Era lo que estaba pensando. Seguramente el doctor Vadar aún no había terminado su proceso de cryonización. Era muy posible que fuera así. Yo creía haber dormido mucho tiempo, pero cuando se está inconsciente, el sentido del tiempo, se pierde por completo.

Las luces brillaban sobre mí. Eran muy blancas, deslumbrantes. El lugar, aséptico, muy blanco y limpio. Parpadeé. Primero sólo veía esas luces. Y formas borrosas. Mi visión era defectuosa. Traté de ver más claro. Lo conseguí un momento después.

El espejo circular, las luces, el instrumental en los armarios blancos de vidrio, los rostros inclinados sobre mí, con mascarillas verdes…

Un quirófano.

¿Era necesaria la cirugía para cryonizarme? Nada había dicho sobre ese punto el doctor Vadar. Traté de encontrarle. Había otras figuras de verde alrededor de mí. Cualquiera de ellas podía corresponder al doctor Vadar. Estaban de espaldas, se movían a un lado y otro del quirófano, y no podía verles el rostro.

—Doctor… —musité, trabajosamente, intentando mover los labios con menos torpeza de la que advertía en esos momentos—. Doctor Vadar… ¿Qué me sucede? ¿No puede someterme a la cryonización?

Silencio. Nadie me respondió. Un cirujano y una enfermera se miraron, por encima de sus mascarillas, sin comentar nada. Se inclinaron sobre mí. Cubrieron mi cuerpo con una sábana. .Sentí frío. Moví los labios otra vez, y noté que ganaba en soltura.

—Doctor… —repetí, insistente—. ¿Hay problemas conmigo? Usted dijo que esto era fácil… Me inyectó y sentí sopor en seguida. Creo que me dormí… Pero ¿qué ocurre ahora? ¿Por qué todo este aparato? No me dijo nada de cirugía. Usted no me…

—Cállese —sonó una voz seca, bajo una mascarilla—. No se excite. Descanse. No ocurre nada. Todo va bien. Todo ha ido bien.

La respuesta parecía tranquilizadora, pero no aclaraba nada. No

me explicaba cosa alguna. Y seguía sin encontrar al doctor Vadar. Quien habló, ciertamente, no era él. Tenía un extraño color de ojos, como entre ámbar y dorado. Y la tez muy pálida, casi blanca.

Hubiera querido más respuestas, pero estaba empezando a sentir sueño otra vez. Se cerraban mis ojos, vencidos por una intensa, suave modorra. Los párpados pesaban de repente toneladas. Alguien, una enfermera, se acercó a mí. Llevaba un inyectable. Agité la cabeza.

—No, no— rogué—. No más… No quiero dormir… No me inyecte…

Me miró, sin expresión. Clavó la aguja, sin que pudiera resistirme. El líquido penetró.

Fue todo lo que advertí. Luego me quedé profundamente dormido. Todo dejó de existir en derredor mío. Yo mismo dejé de existir en el mundo de lo consciente.

* * *

El techo era blanco. La luz, lechosa, suave, brotaba de alguna parte que no me era posible ver. El aire era fresco, pero con un frescor artificial. Refrigeración, aire acondicionado o cosa así.

Me moví ligeramente en el lecho. Giré la cabeza. Sobre un soporte o mesilla empotrada en el muro, junto a mi cama, vi mis pertenencias. Mi reloj, mi tarjeta de identidad, un billetero con algunos billetes y fotografías…

Había pedido al doctor Vadar que me introdujese en la cápsula cryónica con todo eso. Él asintió, metiéndolo en una bolsa de plástico. Y ahora estaba allí, junto a .mi cabecera.

Algo había fallado. No supe lo que pudiera ser, pero no estaba cryonizado. En vez de eso, me habían dejado en una cama, con mis objetos al lado. Como un paciente internado en una clínica. Pero Mary Ann no estaba allí. Nadie estaba allí.

Me incorporé. Descubrí un botón junto a la mesilla. Lo oprimí, y esperé. Estaba dispuesto a salir de dudas lo antes posible. Quería saber qué era lo que había fallado en aquella industria del frío aplicado al ser humano, como procedimiento de conservación indefinida.

No tardó en abrirse la puerta. Entró una enfermera. Pero su

uniforme no era blanco, sino anaranjado, con un distintivo en su pecho, una placa esmaltada, con números y unas franjas de colores. No recordé haberlas visto antes, pero posiblemente el doctor Vadar tenía las cosas establecidas así en su clínica.

—Usted llamó, ¿verdad? —preguntó ella suavemente—. ¿Qué necesita, señor Garfield?

—Quiero hablar con el doctor —dije—. Inmediatamente.

—¿El doctor? —Ella me contempló en silencio. Luego sonrió—. Un momento. Iré a buscarle.

Salió de la habitación. Me moví inquieto en la cama. Busqué cigarrillos. Maldije entre dientes. No había metido cigarrillos en mi cápsula de cryonización. Tendría que esperar a que el doctor Vadar me diese uno. Estaba necesitando fumar, con auténtico apremio.

Tardó pocos minutos en acudir. Abrió la puerta y se quedó mirándome desde el umbral, en tanto cerraba suavemente tras de sí.

—Buenos días, señor Garfield —me saludó—. ¿Cómo se encuentra usted? Su aspecto parece excelente.

—Gracias —manifesté con cierta sequedad—. Pedí ver al doctor Vadar, no a ningún otro.

—¿El doctor Vadar? —enarcó las cejas, contemplándome con atención. Luego movió la cabeza, como si empezase a entender algo —. Oh, ya veo. El doctor Janos Vadar. Es el hombre que figura en la cápsula. Experto en cryonización, ¿no es cierto?

—Usted debería saberlo muy bien. He venido aquí a ser cryonizado, a la espera de que, algún día, mi dolencia sea posible curarla con medicamentos o cirugía. Algo ha ocurrido para que no hayan podido cryonizarme, pese a todas las seguridades que me dio el doctor Vadar. Deseo saber lo que ocurrió realmente. Creo que tengo derecho a exigirlo, doctor.

El hombre de uniforme médico, igualmente anaranjado y con el distintivo de color en el pecho, sobre su corta bata sin botones, puso un gesto de extrañeza. Me estudió largamente, como si le costara comprender algo. Luego, de repente, una luz de inteligencia, de comprensión, brilló en sus pupilas de ámbar y oro.

—Creo darme cuenta de su situación, señor Garfield —expuso con calma—. Usted desea ver al doctor Vadar. Usted supone que algo ha fallado en su caso.

—Eso es —afirmé. Le contemplé, receloso, algo hostil—. No irá

a decirme que no es así, doctor. No soy ningún tonto…

—Yo no diría eso. Sencillamente, creo que perdió la noción del tiempo. Cosa harto lógica en su caso, señor Garfield. Pero sepa que el doctor Vadar no puede venir a su llamada. Sepa que no hubo problemas en su caso y que usted *fue cryonizado*. Sepa que su enfermedad sin remedio tema cura por medio de la cirugía, y así se ha hecho. Cuando despertó en el quirófano, estaba siéndole extirpado su mal por procedimientos quirúrgicos modernos. Está usted sano, por tanto, y sin mal alguno que pueda quitarle la vida. Sepa, por último, que ya jamás podrá ver al doctor Janos Vadar, porque en buena lógica, el doctor debe llevar unos cien años en su tumba…

—*¿Qué?* —emití un ronco jadeo, sin poder pronunciar ninguna otra palabra.

—Tiene que hacerse a la idea, por fantástica que pueda parecerle, señor Garfield. Nosotros no somos ya sus contemporáneos, ni mucho menos. Han transcurrido muchas generaciones desde que usted fue introducido en la cápsula. Ha dormido usted, en el frío de su recipiente cryónico, *durante ciento treinta años.* Esto, señor Garfield, es para usted el futuro. Su futuro. Bien venido a él, en nombre de nosotros.

* * *

El futuro.

Mi futuro.

Era increíble. Fantástico. No podía ser así. Esas cosas no podían ser tan sencillas. Un salto de casi siglo y medio… Y yo había creído dormir unos minutos…

Al principio pensé que se burlaban de mí. Pero nada hacía suponer tal cosa. El semblante grave, serio e inteligente del doctor aquel, joven y erguido, de piel muy pálida y ojos dorados, era completamente solemne al hablar. La enfermera, que ahora había aparecido tras él, a tiempo de escuchar el resto del relato, ni siquiera pestañeó o sonrió, limitándose a' escuchar con interés fríamente profesional a su superior, y a mí contemplar de vez en cuando, con una curiosa mirada, mezcla de simpatía y de singular apasionamiento por mi caso.

—Según eso… —musité, tras un largo, larguísimo silencio—. Según eso…, todo fue bien.

—Sí, señor Garfield. Todo fue bien. La cryonización, el retorno a la vida, la intervención quirúrgica… Está usted perfectamente sano. Y lleno de vida. Debería felicitar al doctor Vadar, si ello fuese posible. Desgraciadamente, la barrera del tiempo se interpone entre ambos. Él, que lo envió a mí, sin saber siquiera quién se ocuparía de su caso en el futuro. Y yo, que leí el historial, supe qué mal padecía, y lo resolví con los modernos procedimientos de la ciencia. Entre nosotros dos, sin conocernos, sin haber tenido jamás conexión posible alguna, se establece el nexo que usted representa. Usted, señor Garfield, simboliza mucho, aunque no lo crea. Y yo me felicito de haberle devuelto a su lugar en el mundo, aunque nada más pueda hacer, y ahora tenga que enfrentarse usted con esta época, con un mundo que le es extraño, separado más de un siglo de su propio lugar en el tiempo…

—Mi lugar en el tiempo… —repetí, perplejo—. Me costará trabajo adaptarme a esto… Pensé que solamente habían transcurrido unos minutos… y fue un sueño de más de un siglo…

—El período de inconsciencia engaña siempre —sonrió el médico——. ¿Qué significa un minuto o un año, e incluso cien años, para aquel que duerme, que nada ve ni siente? Es como la hibernación de los astronautas que van a Júpiter, a Plutón, a Saturno… o a otros puntos ajenos a nuestro Sistema Solar.

—¿*Van*, ha dicho usted? —le miré ávidamente—. ¿Es que ya… es un hecho?

—Mi querido amigo, usted es un hombre de mil novecientos setenta —no había nada despectivo en su tono sino, tal vez, algo de compresión y tolerancia—. Está en el año dos mil cien, exactamente. Entonces todo era teoría, salvo algunos avances tecnológicos, como la llegada a la Luna y cosas así.

Ahora, ciento treinta años después, usted mismo puede imaginarlo. El mundo avanzaba ya muy de prisa en su tiempo. Esa marcha llegó a hacerse, vertiginosa. De los cohetes-sonda enviados a los planetas, pronto se pasó a otros intentos. Sí, señor Garfield. El hombre llegó a lejanos planetas. Los pisó, como un día pisara el polvo lunar. Era de prever ya en su tiempo, ¿no es cierto?

—Sí, es cierto —asentí. Moví la cabeza, abatido —. Dios, no

quiero ni pensar lo que encontraré al asomar la cabeza a las calles, al contemplar las ciudades, los vehículos… Será todo tan diferente, tan impresionante para mí, que durante ciento treinta años no asistí a la progresiva evolución técnica y humana…

El doctor no respondió a eso. Estaba tomando mi pulso, contemplando un cuadro clínico en una especie de pizarra luminosa, junto a mi lecho. Luego miró a la enfermera.

—No necesitará inyectarle más, señorita —habló lentamente—. Ya puede seguir el curso de gradual adaptación. El período postoperatorio ha sido satisfactoriamente salvado. El señor Garfield se encuentra perfectamente.

—Sí, doctor —asintió la enfermera tranquilamente.

Hundió las manos en los bolsillos de su bata naranja, de un tejido parecido al papel, pero ligeramente lustroso como el plástico, y me dirigió una mirada animosa.

—Bien, señor Garfield. Ahora ya sabe todo lo sucedido. Necesitará irse haciendo a la idea y adaptar su mente a lo que le he dicho. Es mejor que permanezca solo, reflexionando y tratando de situarse, siquiera sea de forma provisional, en su actual lugar en el tiempo y en la humana existencia. Le esperan aún grandes sorpresas, como es lógico. Deseo que esté bien adaptado para encajarlas.

Sin añadir más, salió de la habitación. La enfermera le siguió, tras dirigirme una sonrisa. Me quedé solo. Solo con mis ideas. Solo conmigo mismo. Solo con todo aquello que aún no había empezado a comprender…

* * *

Contemplé la mesa.

Los alimentos ya no eran iguales. Me recordaron los de los primeros astronautas. Piezas pequeñas, secas, deshidratadas. Las servían en pequeñas bandejitas de cristal. En el centro de la mesa había una especie de recipiente metálico y un depósito de cristal con agua hirviente. Se introducían las piezas en el recipiente metálico, y recibían los vapores, el calor y el agua. En escasos minutos, la carne, el pescado, las frutas o lo que fuese el alimento, adquirían su consistencia, su volumen real y su olor y sabor.

Comidas deshidratadas. Y líquido en cápsulas individuales. Una especie de vino liviano, color rosado. Pero, al menos, no eran las cápsulas y comprimidos que se habían pronosticado durante años, para cuando esa época llegase.

—¿Se encuentra satisfecho? —me preguntó la enfermera, cuando hube terminado la comida.

Asentí. Las cosas podían haber sido peores, fin de cuentas. Los víveres deshidratados pierden parte de su sabor. Pero no todo. Ya era algo.

—Me pregunto por qué se renunció a las viandas en su estado natural —comenté.

Ella arqueó sus cejas, con un gesto de cierta extrañeza. Iba a decirme algo en respuesta, pero no lo dijo. Se limitó a callar, a contemplarme en silencio. Luego habló de algo que estuve seguro no era lo que inicialmente pensaba decir:

—Les transportes y medios de conservación se hicieron algo difíciles en cierto momento, a poco de comenzar el siglo veintiuno. Por eso se recurrió a esta clase de alimentos. La gente se adaptó a ellos y ya no se cambiaron las costumbres. Lógico, ¿verdad?

—Si usted lo dice… —suspiré, contemplando los cubitos de carne y de pescado que aún permanecían sin deshidratar, sobrantes del almuerzo—. ¿Cómo se llama usted?

—¿Yo? —me miró con algún desconcierto. Luego sonrió para añadir—: Ulah. Ulah es mi nombre, señor Garfield.

—¿Nórdica?

—Eso importa poco en el mundo actual —se encogió de hombros—. Todo es uno solo, norte o sur, este y oeste. Un solo pueblo, un solo país.

—De modo que lo lograron… Lograron la unidad al fin. No más guerras…

Sus ojos se clavaban extrañamente en mí. Repitió:

—No, no más guerras. Ya no.

—Ulah, quería preguntarle algo. ¿Cómo…, cómo es el mundo de hoy?

—Imagino que como ha sido siempre —se encogió de hombros —. He leído historia, he visto programas de televisión de los viejos tiempos… Todo aquello tan rudimentario, tenía ya el sello de una época nueva y distinta. Se encontrará con nuevos avances

tecnológicos, con nuevos conceptos urbanísticos y nuevas formas aerodinámicas. Pero eso será todo, o casi todo.

—Me gustaría ver alguna imagen de esas antes de salir de este establecimiento —dije—. Hacerme a la idea, no sufrir el primer sobresalto apenas pise la calle…

—Es natural que piense así. Le dejaré ver publicaciones, revistas, magazines y cosas así.

—¿Por qué no me deja ver la televisión, escuchar la radio… ?

—La radio dejó de tener sentido hace años. Ahora todo se hace en imagen y sonido, inseparablemente. Los muros son pantallas de televisión. Pero no va a poder ver ningún programa.

—¿Por qué motivo? —me asombré.

—Él sistema de recepción en la clínica —rió—. Sufre una avería.

—Vaya... El mundo avanzó lo increíble. Pero aún no supo vencer las averías.

—Evidentemente, así es —convino ella, risueña. Luego, antes de salir, me indicó—: Las revistas que va a ver son algo atrasadas. Al doctor Milton no le gusta ver publicaciones ilustradas en la clínica. Me refiero a las que no sean científicas, claro. Pero yo conservo algunas en mi alojamiento. Se las proporcionaré. Deben de ser de hace unos años, cinco o seis. Ésas le bastarán, ¿no cree?

—Es evidente que sí —afirmé, esperanzado. Luego, de repente, añadí—: Enfermera…

—¿Diga, señor Garfield?

—Enfermera Ulah, quisiera…, quisiera asomarme un momento al exterior —sugerí—. Ver con mis propios ojos, siquiera sea un momento…

—Ver ¿qué?

—Todo. La ciudad, las gentes, los vehículos… Todo lo que hay más allá de estas paredes. No sé si se ha dado cuenta de algo. Todas las habitaciones en que he sido atendido, en las que estoy haciendo la vida hasta ahora…, *no tienen ventanas*. Ni aberturas al exterior.

Ella sonrió. Inclinó la cabeza.

—Forma parte del proceso de adaptación del doctor Milton —explicó—. Es mejor que, tras despertar de ese largo sueño…, no vea aún lo que le rodea. Tratamos de evitar el shock, la impresión…

—Eso lo entiendo. Pero yo me he hecho ya a la idea, mi mente la ha aceptado, y…

—Es diferente. La ha aceptado, pero en realidad todo sigue funcionando, salvo leves diferencias, como funcionaba en su propio tiempo. Nada fundamental se alteró. De eso cuida mucho el doctor Milton, porque sabe lo que es adaptar a un hombre de otra época a este momento determinado. Desde que se ocupó de su cápsula cryónica, se trazó un plan prudente para no precipitar las cosas y causarle a usted una impresión fatal.

—Las precauciones quizás empiecen a ser ya un poco excesivas —repliqué secamente—. Enfermera Ulah, mi mente es normal y mi corazón funciona perfectamente. Puedo afrontar lo que sea, encararme al momento presente con total, seguridad en mis reacciones…

—Señor Garfield, creo que aún debe esperar un poco. En todo caso, consulte con el doctor Milton, y que él resuelva…

Se ausentó, dejándome nuevamente solo. Rodeado de muros blancos, de luces artificiales, del color de la luz solar. Con aparentes ventanas en los muros, fingidas con vidrio dorado y una luz diurna imitada artificialmente. Ni una ventana, ni un modo de asomarse al exterior.

Había algo que no me gustaba en todo aquello. Me sentía un poco aislado, encerrado, como prisionero de algo… o de alguien.

Era absurdo pensarlo. El doctor Milton me había devuelto la vida y la salud. Tenía una vida por delante. Una larga vida, en un mundo que posiblemente ya no era el mío, que tenía escasos puntos de contacto con el que yo dejé, vistas las prevenciones médicas en torno a mi persona.

Pero ¿por qué apartarme de las habitaciones con ventanas, que indudablemente debían existir en alguna parte de aquel edificio? ¿Por qué tanto temor sobre mis reacciones, si el doctor Milton tenía que haberme observado y darse cuenta de que yo era un ser equilibrado, sereno y de frías reacciones ante cualquier avatar?

Indudablemente, un salto de ciento treinta años es demasiado grande, pero…

Ciento treinta años…

Pensé en Mary Ann. Sentí un nudo en mi garganta. Se humedecieron mis ojos. Pobre Mary Ann, esposa mía. Debió vivir su existencia como viuda, segura siempre de que mi cuerpo yacía allá, en el cementerio de la ciudad. Quizá visitó muchas veces la tumba

donde imaginaba que estaba yo…

Y ahora, a cien años de su muerte tal vez, yo volvía a vivir, yo estaba entre otras gentes, distanciadas de mi tiempo por un paréntesis alucinante de lustros, décadas…

¿Dónde estaría Mary Ann? ¿En qué lugar yacería su cuerpo desde el día de su muerte? Yo ni siquiera podría ir a recordarla, a llevarle flores, a rezar una oración en memoria suya.

Ciento treinta años…

Año 2100 de la Era Cristiana…

«Oh, Dios… —musité, hundiendo el rostro entre las manos—. ¿Esto es justo? ¿Tenía derecho a disfrutar de una segunda vida, en algún lugar del tiempo futuro, en un momento que no es el mío, en un ambiente y un sitio que no me pertenecen?»

Me incorporé despacio. Eché a andar. Salí de aquella habitación. Caminé por un corredor de regreso a mi habitación en el establecimiento clínico. Luego, de repente, la idea me asaltó. Nadie me prohibía ir y venir. Nadie me había ordenado que no visitara otras habitaciones y dependencias de la clínica. No faltaba a regla alguna, que yo supiera.

Abandoné la rutina de aquellos dos días que llevaba en la clínica, al menos en mi plena consciencia. Me decidí a curiosear, a indagar. Tenía que encontrar alguna ventana, era inevitable. En otra ala del edificio, en otro piso. Tenía que haber ventanas, yo lo sabía. Todo edificio tiene huecos al exterior, estén donde estén.

Empecé a recorrer dependencias. Fingí equivocarme hasta cinco veces, en cinco diferentes habitaciones, donde los pacientes me miraron asombrados. Observé que dos de ellos cubrían sus rostros con vendajes, como si sufriesen mutilaciones o quemaduras. Sus ojos, tras aquellas vendas, revelaban algo. Algo que no supe definir. Quizá sorpresa… o quizá miedo.

Finalmente, encontré lo que andaba buscando: una habitación con un gran ventanal.

Tenía corridas las cortinas. Tenía ajustadas las puertas de persiana de metal blanco. Pero era un ventanal amplio, asomado a algún sitio que yo no podía imaginar. El corazón empezó a latirme con fuerza. ¿Tendrían razón ellos? ¿Me sería imposible soportar el espectáculo de un futuro que ya había dejado de serlo, para convertirse en mi presente? ¿Qué imagen iban a descubrir mis ojos,

al otro lado del ventanal?

Corrí las cortinas, en un repentino acceso de entusiasmo y decisión. Me enfrenté a las persianas metálicas. Las abrí, tras un forcejeo con su sistema de cierre, que me era desconocido, pero que resultó sumamente simple.

Los cristales. Más allá, oscuridad. Tal vez era de noche. Miré mi reloj, mi recuerdo del pasado, que contrastaba con los singulares relojes que había visto yo en la muñeca de la enfermera, del doctor Milton…

Las doce y media. Demasiado tarde, para ser de noche. Creí que almorzaba, y había cenado. Además, a hora muy anormal para las costumbres de mi tiempo.

Pero todo estaba oscuro allá detrás. No había luz del sol. Ni luces eléctricas. Nada. Ni ruidos. Nada.

Furioso, descargué un golpe contra los vidrios. No logré nada. Ni se movieron. Sólo vibraron, musicalmente. Era un cristal muy delgado, muy frágil en apariencia, pero irrompible.

Entonces forcejeé, hasta abrir las vidrieras también. Asomé, buscando aire natural, un soplo de brisa exterior, lo que fuese, pero que no resultara artificial.

Y supe a ciencia cierta que estaba prisionero.

Prisionero allí dentro. Condenado a no ver el exterior.

Una gruesa plancha metálica, negra, se ajustaba al ventanal, cerrándolo de forma hermética, sin permitir ver otra cosa que su oscura superficie, implacable cierre a todo anhelo de asomar al exterior.

Además de ser el paciente del doctor Milton… era su cautivo.

CAPÍTULO III

Terminé de hojear los *magazines*.

Mi indiferencia, mi decepción corrían parejas con el estupor que me había producido la visión del mundo externo, a través al menos de las páginas de brillante color de aquellas publicaciones.

Coches y aviones, naves espaciales y medios de transporte por tierra, mar o aire. Edificios, avenidas, ciudades, jardines, luces, inventos, hallazgos científicos, técnicos y humanos…

Pasmoso. Ciento treinta años habían convertido a la Tierra en un mundo increíble, poco bello arquitectónicamente, pero sumamente funcional, lineal, aséptico y práctico. La tecnología era el coloso de los tiempos actuales. La ciencia, en todas sus ramas, era algo de fábula.

Planetas conquistados, naves y estaciones del espacio, vuelos regulares al espacio exterior… Gobiernos universales, federaciones de continentes, ciudades submarinas, el hambre materialmente erradicado de la superficie terrestre, los yermos y tundras convertidos en vergeles de productividad agrícola, los mares explotados en sus infinitas posibilidades, los alimentos sintéticos, con sabor a auténticos, obtenidos por derivaciones del petróleo, como en mis tiempos se hacía con el caviar o el cuero, perfectamente imitados a base de la química, y de las materias derivadas de los petróleos…

Costaba trabajo hacerse a todo aquello, admitir que el mundo había cambiado tanto. Que el hombre ya no era un peatón, tal y como pronosticara Bradbury. Que la vida era diferente en el planeta. No sabía aún si mejor o peor, pero diferente. Muy diferente, echando la mirada ciento y pico de años atrás…

Pero no logré sentirme ilusionado, ni tan siquiera fascinado. Era irritante saber que todo aquello existía, que el mundo era aquel gigantesco caleidoscopio de progreso científico, técnico, político y humano, sin guerras y sin hambre, sin odios y sin rencillas, dedicado únicamente al progreso total de la raza humana y de su ámbito…, mientras yo estaba simplemente como conejillo de indias

de sutiles experimentos a largo plazo. Como el fósil prehistórico que se halla y se estudia. Para ellos, yo era acaso la muestra viva de la prehistoria de las nuevas épocas. En cierto modo, era un simple fósil viviente.

—Tengo que ver todo eso con mis propios ojos— susurré—. *Necesito* verlo, Dios mío, o me volveré loco aquí dentro… ¿Por qué no hay ventanas, por qué? Y ¿por qué las que hay están cegadas, cerradas herméticamente al exterior, sin recibir su luz ni su aire? ¿Por qué…?

Eran muchas preguntas y ninguna respuesta, Le había exigido una respuesta ya a Ulah, y ella sé limitó a evadirse, diciendo que era cosa del doctor

Milton. Reclamé, exigí ver a Milton, y se me dijo que estaba ocupado con una intervención quirúrgica muy importante, en el quirófano once.

Nadie me atendía. Nadie quería responder a mi cuestión.

Pero nadie tampoco me abría una ventana, me mostraba el exterior y me decía: «Mira, Garfield. Eso es el mundo. Tu mundo de ahora. Aquel al que no pertenece…»

Y tendrían razón. Yo no pertenecía a ellos, ni a su mundo. Era como haber viajado en el tiempo, como haber saltado al futuro por arte de un prodigio digno de H. G. Wells o de Mark Twain, o de Clarke o Sturgeon…

Sin embargo, en este viaje no había retorno. Desperté de mi sueño helado, y me encontré allí. Eso era todo. La ciencia médica tenía un remedio para mi mal. El doctor Milton lo utilizó, devolviéndome a la vida. Pero todavía me preguntaba yo si eso era justo, si le estaba permitido al hombre escapar a la muerte, burlarla audazmente…

Era como huir un poco a las leyes naturales, como salirse de lo establecido desde el mismo principio de los tiempos. La ciencia había llegado siempre lejos, muy lejos. Pero quizá nunca como en aquel audaz experimento, iniciado ciento treinta años antes, y terminado súbitamente en el año 2100 de la Era Cristiana.

Y uno, a fin de cuentas, siempre es débil, siempre siente miedo. Miedo de algo, miedo de lo que está más allá. Quizá, en definitiva, es temor a Dios. Por eso no podía evitar el preguntarme en esos momentos: ¿hasta dónde era lícito lo que había aceptado yo, lo que

la ciencia de mi tiempo hizo conmigo, con mi muerte, en definitiva? ¿No era ésta de hoy una vida artificial, contraria a toda regla natural?

Me perdía en divagaciones, y no deseaba hacerlo. Prefería tratar de pensar, de buscar una solución a mis actuales problemas, que no una respuesta a unas dudas que hacían de mí un personaje inseguro y torturado como pudo serlo el infortunado príncipe de Dinamarca de la tragedia shakesperiana.

Pero ¿qué solución había para mi caso? ¿Cómo podía yo resolver mi situación dentro de aquella clínica donde empezaba a sentirme prisionero, obligado a vivir en un encierro permanente, lejos de las maravillas de la época a que había sido conducido. Lejos de la luz natural, lejos del sol esplendoroso que tanto estaba añorando, del que durante más de un siglo y cuarto me hallaba sin contacto directo alguno, aunque ese largo sueño me hubiera parecido un soplo, un simple instante fugaz.

En principio solamente había una forma de acción, y a ella recurrí sin perder ya más tiempo en divagaciones y en reflexionar hasta angustiarme.

Salí de mi cámara. Crucé un corredor, y pregunté por el doctor Milton, a un enfermero que venía de otra sección. Él se quedó mirándome, pensativo. Luego se encogió de hombros.

—Lo siento, señor —me dijo—. La verdad es que no sé dónde está el doctor Milton ahora.

—Necesito verlo —repliqué—. Inmediatamente.

—Le repito que no sé dónde puede hallarse.

—Habrá algún medio de localizarlo, ¿no? Dígame cuál.

Pareció sorprenderle mi tono enfático, decidido. Con cierta perplejidad en su gesto, me señaló hacia otro corredor lateral.

—Busque en «Control». Allí es posible que puedan decirle algo, señor.

Le di secamente las gracias y me interné por aquel corredor. Pronto descubrí un indicador luminescente mural, con una flecha. Lo leí: «Control 17» decía, simplemente. Para mí, lo que allí pudiera controlarse y por qué era el número 17, me tenía sin cuidado. Seguí adelante, hasta que me encontré con un singular enfermero.

Éste no llevaba uniforme anaranjado, como todos. Su uniforme era de color verde pálido. Su distintivo, idéntico, iba con una

estrella plateada superpuesta. Llevaba guantes como de plástico o materia parecida, transparentes. En su cintura había algo, una funda brillante, verde oscura, cerrada, en forma casi cónica. Podía ser un instrumento médico. Pero también podía ser un arma. Un arma de estilo y línea desconocidos para mí.

Me preguntó cortés:

—¿Busca a alguien?

—Al doctor Milton.

—Lo siento. No he visto al doctor Milton hoy.

—Me dijeron que lo buscase en Control.

—Pues no ha venido. Estará en alguna otra parte de la clínica.

—Lo dudo. Debió de venir a Control y usted me lo niega.

—¡Qué tontería! —sonrió el hombre—. No está aquí el doctor. No tengo por qué mentirle.

—Todos mienten aquí —repliqué, seco.

Me estudió en silencio, contempló mi distintivo y número de paciente. Sacudió la cabeza, tratando de no perder la compostura.

—Mire, señor, vuelva a su Sección. Indicaré a la centralilla que reclame al doctor Milton y él mismo irá a verle.

—No —negué—. No piensa hacerlo. Todo es mentira. Nadie llamará al doctor, ni él vendrá a verme, por la sencilla razón de que no quiere verme, no quiere que yo haga preguntas, que yo reclame.

—Señor, exponga eso a sus enfermeros. Está prohibido permanecer en Control. Vuelva a su lugar y esté seguro de que le atenderán debidamente. Le ruego se ausente. Esta es zona prohibida a los pacientes y a gran parte del personal médico de este recinto.

—Aquí hay muchas cosas prohibidas. ¿Qué es esto exactamente? ¿Una clínica… o una prisión? ¿Un sanatorio o un manicomio? ¡Exijo una respuesta!

—Empieza a resultar usted molesto e irritante, señor —se exasperó el vigilante—. Le repito que es zona prohibida. El doctor Milton le explicará eso mejor que yo. Márchese ya.

—¡No! —aullé— ¡Estoy prisionero! ¡Eso es lo que estoy aquí! ¡Prisionero de ustedes, malditos sean todos!

Me precipité sobre él inesperadamente, con violencia. Me vio venir, asombrado. Sus manos plastificadas se alzaron hacia mí, pero él sin duda había calculado mal mis energías. He sido siempre más fuerte de lo que he aparentado. Tal vez por ello, en vez de

sujetarme, se fue contra el muro, rebotó en él, y cuando trataba de incorporarse y hacer algo contra mí, le disparé mi puño zurdo primero y mi derecha después, en un rápido uno-dos que lo envió dando volteretas contra una pared. Le oí gemir, y oprimir su cinturón, antes de quedarse inmóvil, completamente *groggy*.

Giré los ojos hacia un panel de la pared que, súbitamente, había empezado a enviar destellos rojos desde una especie de cuadro de celdillas luminosas, y en alguna parte sonó un largo timbre metálico y duro.

Miré en derredor, como acorralado. De alguna manera, mi adversario, antes de hundirse en la inconsciencia, había dado la alarma general. Me precipité hacia el caído, y abrí su funda de la cintura, extrayendo el arma o lo que aquello pudiera ser.

Tema la forma de un cono cuadrangular, parecido en cierto modo a una pirámide. Se sujetaba fácilmente por tres orificios donde encajaban los dedos, y su cúspide, en realidad el remate de un delgado tubo interior, quedaba apuntando hacia delante, como el cañón de una pistola de extraña forma.

Uno de los orificios de los dedos, noté que poseía un botón o resorte, que me cuidé mucho de oprimir, por si desencadenaba un caos. No tenía la menor idea de la efectividad y potencia de aquel arma. Después de la evolución observada en las revistas ilustradas, era mejor no arriesgarse. Aquel arma, de tan sencilla apariencia, podía ser demoledora. Todo dependía de la clase de energía y de proyectil que utilizasen para dispararla.

Doblaron el recodo hasta seis o siete enfermeros de ambos sexos, que se pararon en seco, al verme con el arma en la mano. Se miraron entre sí, asustados. Luego, contemplaron el arma. Y mis manos. Alguien dijo algo en un murmullo.

—No traten de atacarme— avisé—. Quiero salir de aquí, eso es todo.

—No haga locuras —me aconsejó el enfermero—. Si dispara esa arma, nos aniquilará a todos cuantos hemos venido. Del grupo no quedaría nadie con vida. Y usted quedaría contaminado en el acto.

— ¿Contaminado? —les miré, receloso—. Están mintiendo otra vez.

—No sea tonto. ¿No ve las manos del guardián? Van cubiertas de un plástico especial que le hace inmune a las radiaciones.

—¿Qué radiaciones?

—Las que emite esa arma, al ser utilizada. Su energía es altamente radiactiva. Su piel quedaría contaminada en el acto, y en muy grave proporción. Suelte el arma, señor. No está entre enemigos. No hay motivo para esto…

—Sí hay motivo —mascullé, furioso—. Quiero salir de aquí. Dígame dónde está la salida, y no utilizaré el arma. Si se niegan, me tiene sin cuidado apretar el resorte de disparo sobre todos ustedes… aunque luego tenga que dispararlo también sobre mí.

—Es un disparate, señor. ¿Por qué no razona y se somete a una charla amistosa, para resolver su problema? Le aseguro que aquí no pretende nadie hacerle el menor daño, sino, por el contrario, evitarle todo posible riesgo…

—Son todos ustedes muy amables —agité el arma, y me divirtió infantilmente verles retroceder, despavoridos—. Me tratan como si estuviese loco. ¿Acaso creen que lo estoy?

—El doctor Milton le tiene a usted en el pabellón de recuperación psicofísica. Eso quiere decir que le trata como a un ser perfectamente normal, que necesita adaptación al ambiente. Es todo.

—Eso es lo que ustedes dicen. No les creo. No puedo fiarme de nadie. Este recinto no tiene ventanas, ni aberturas al exterior. No hay salida, no hay forma siquiera de asomarse. Todo eso es muy raro. Más que una clínica, parece una cárcel. ¿Por qué, señores? Respóndame a eso, y me quedaré satisfecho.

—Señor, hay cosas que no tienen respuesta. O la que tienen es demasiado delicada. Sería mejor que cesara en su actitud, y aceptara nuestras palabras como una expresión plenamente sincera…

—No aceptaré nada, en tanto no sepa lo que sucede aquí —repliqué, obstinado, dominándoles con mi única arma—. Es lo único que pido. ¿Tan difícil es complacerme? Denme una ventana a la que asomarme al exterior, y capitularé sin más resistencia. Es todo lo que exijo de ustedes. Si no se acepta, es porque aquí hay gato encerrado.

Los enfermeros se miraron nuevamente entre sí. Luego vi aparecer a otro grupo de mujeres y hombres de uniforme anaranjado. Entre ellos, reconocí a Ulah. La joven me contempló,

inquieta. Avanzó unos pasos más que los otros. Se detuvo cuando la encañoné con el arma cónica.

—Señor Garfield, ¿por qué no depone esa actitud? —musitó suavemente, tendiéndome una mano—. No tiene sentido, ¿no cree?

—Tiene más del que usted supone. He hojeado revistas de hace unos años. He visto un mundo nuevo, impresionante. Pero solamente fotografiado, ilustrado, relatado. Como se lee un cuento o una historia de ciencia-ficción. Lo quiero ver *de verdad*. Directamente, en su dimensión real…

—En suma; usted quiere salir de aquí, ir afuera…, ¿es así?

—Sí, enfermera Ulah. ¿Considera injustificado mi deseo? ¿Estoy diciendo tonterías?

—Ni mucho menos, señor Garfield. Le comprendo muy bien. En su lugar, yo desearía lo mismo. Pero creo que debe presentar razonablemente sus deseos.

—Ya lo hice. Nadie me ha concedido la menor atención. Sigo prisionero aquí, en su blanco aséptico y desinfectado ambiente de clínica, presidio o lo que esto sea. ¿Acaso me someten a una cuarentena para después darme suelta, cuando se compruebe que mi civilización pasada no puede contaminar a la de ustedes, tan perfecta, limpia y esterilizada?

—Señor Garfield, lo siento de veras. Pero usted no debería comportarse así, solamente por un motivo tan trivial —sonrió Ulah, perfectamente convincente. Dio unos pocos pasos más hacia mí, apoyando en sus bonitos labios, rojos y bien delineados, una especie de plateado lápiz, estuche de termómetro o cosa parecida, como si lo mordisqueara pensativa—. Estoy segura de que el doctor Milton le podría responder a todo eso satisfactoriamente. Le pido un poco de comprensión, de paciencia, de fe en todos nosotros. Nadie le quiere aquí ningún mal, ni está prisionero por ningún concepto. Trate de entender eso, comprenda que, si todavía no ha visto el exterior…, es porque algo se opone a ello.

—Antes de nada quiero saber qué es lo que se opone —avisé, cortante—. Si no, me haré fuerte aquí. Y, si es preciso, apretaré el resorte de disparo de este arma, ocurra lo que ocurra.

—Estoy segura de que lo haría, pero eso no iba a ser constructivo —musitó Ulah con tristeza—, Es un arma letal, señor Garfield. Nos aniquilaría a todos. Y, en cierto modo, se aniquilaría a

sí mismo. No sería justo que, después de haberle dado la vida, ahora usted nos quitara a nosotros la nuestra. Aunque la historia del mundo esté hecha de incomprensión y de torpezas, de egoísmos y de soberbia, su comportamiento sería cruel, torpe y poco humanitario con los que le volvimos a su existencia, incluso extirpándole su mal definitivamente.

—No siga avanzando —avisé—. No quiero hacerle daño, enfermera Ulah. Pero tampoco me someto a esta estúpida disciplina, a esta reclusión sin sentido…

—Señor Garfield, por favor… —suplicó ella, tiernamente, mirándome a los ojos con suavidad y con amistosa comprensión. Su tubo acerado se movía juguetón entre los labios rojos—. Le ruego que deje de hacer tonterías… Vamos, déme ese arma…

—No —contesté, tajante—. Apártese. Aléjense todos…

De repente, sentí algo en el cuello. No supe qué era, pero fue como si un mosquito particularmente agresivo me perforase con su aguijón repentinamente. Fue un pinchazo agudo, hiriente. Me pegué, un palmetazo en la piel, donde advirtiera el finísimo impacto, pero no encontré insecto alguno. Ulah seguía mirándome, su tubito acerado bailoteaba en la boca.

—¿Qué…, qué ha sido esto? —mascullé con ira—. ¿Qué me ocurre…?

Retiré mis dedos del cuello. Una tenue mancha escarlata, un hilillo de sangre, los salpicaba. Noté un cálido deslizamiento sutil por la piel. Al mismo tiempo, mis ojos se nublaban, y sentí una súbita, rara laxitud en todos mis miembros. Ulah me contemplaba, y leí en sus ojos cierta ironía, un sarcasmo evidente.

—Señor Garfield… —sonó lejana su voz—. Suelte el arma… Descanse…

—No…, no quiero… —musité—. No lo haré. Eso no… No…

Pero estaba soltando el arma. La sentí huir de mis dedos, caer a mis pies. Luego me vi ir hacia el suelo. O éste vino hacia mí, no lo supe a ciencia cierta. La verdad es que me desmoroné. Y terminó todo.

Hice lo que ella quiso, aunque no quería hacerlo yo. Solté el arma. Caí. Y descansé…

CAPÍTULO IV

¿Descansó, Garfield?

—Sí —afirmé, sereno—. He descansado. Y ahora… ¿qué?

El doctor Milton me miró detenidamente. Y yo a él. Nos medíamos mutuamente, con mirada penetrante, recelosa. Él esperaba que yo dijera algo.

Y yo esperaba que lo dijese él. Después de todo, dicho en términos vulgares, él era quien tenía la sartén por el mango.

—La enfermera Ulah me lo ha contado todo —habló mi médico.

—Lo supongo —entornó los ojos—. ¿Algún reproche, doctor?

—Muchos— suspiró él, inclinando la cabeza—. Y ninguno, al mismo tiempo.

—Si le compliqué las cosas, de veras lo siento —dije, sin mirarle —Pero volvería a hacerlo. Una y mil veces, doctor.

—¿Rebelde, Garfield?

—Nunca lo fui. He sido siempre un tipo de vida burguesa. Tal vez demasiado. La primera vez que me rebelé fue contra mi destino. Me equivoqué. Debí dejar que las cosas siguieran su curso inmutable.

—¿Por qué, Garfield? El hombre debe rebelarse a veces.

—Lo intenté aquí, doctor. Y alguien terminó con mi rebeldía…

—La enfermera Ulah —rió él entre dientes—. Le dirigió a distancia un dardo inyectable. Un sedante somnífero de efectos fulminantes. Nada grave, créame.

—Ustedes tienen recursos para todo, ¿no es cierto?

—Tenemos que defendernos, Garfield; eso es todo.

—Defenderse ¿de qué? ¿De quién?

—De todos. Y de todos. De cuanto implique un peligro a la comunidad.

—¿Comunidad? ¿La de su clínica, doctor? ¿Es esto, realmente, una clínica?

—¿Qué piensa usted?

—No sabría definirlo. Parece una prisión.

Milton sonrió entre dientes. Meneó la cabeza.

—Ya salió eso… —dijo con un suspiro.

—¿Qué esperaba que dijese? —me irrité—. Estoy aquí prisionero. No trate de dorarme la píldora. Estoy prisionero, y no se me permite salir. No sólo eso, sino tampoco mirar al exterior, asomarme a la vida, en suma. Tiene hombres armados, como si esto fuese un reducto militar, o cosa parecida…

—Garfield, en toda comunidad debe tenerse siempre un control de la situación, debe mantenerse una disciplina e impedir que cada cual vaya por su lado. Eso no puede sorprenderle. En su época ya se hacían estas cosas.

—Pero no dentro de un hospital.

—Las circunstancias son diferentes —se evadió, con gesto distraído—. Concretamente, Garfield, ¿qué quiere usted?

Le miré. Me hacía una pregunta concreta. Yo le di una respuesta también muy concreta.

—Libertad —dije—. Quiero ser libre.

—Libertad… —suspiró—. El hombre ha ido tras ella durante siglos. Lo malo es que nadie entendía por igual el concepto de la palabra. Cada uno interpretaba la libertad a su modo.

—Dejémonos de rodeos, doctor. Usted sabe a la clase de libertad que yo me refiero. Quiero salir de aquí. Volver al mundo, ¿entiende? Ser de nuevo un hombre bajo el sol, la luna o las estrellas, fuera de un recinto hermético, donde el aire, la luz, el calor o el frío sean puramente artificiales. Eso es lo que yo entiendo por libertad en este momento. Y eso es lo que pido. Supongo, naturalmente, que no va a serme concedido.

—Supone mal —dijo lentamente él. Se puso en pie, despacio. Me dijo con sereno tono—: Venga conmigo, Garfield.

—¿Adonde? —indagué.

—Al exterior. A… la libertad, como usted la llama.

Se puso en marcha con paso decidido. Yo no podía quedarme allí. Dudaba de su sinceridad y no lo veía todo tan sencillo, pero me incorporé. Y salí detrás de él. Le seguí.

Si realmente me conducía a la libertad, no iba a arrepentirme ahora. Sentí un miedo indefinible. El miedo a lo desconocido, tal vez. Ni siquiera sabía cómo iba a ser aquel exterior tan anhelado. Ni las gentes actuales, ni su modo de ser o de pensar… Pero todo eso tendría fácil arreglo. Todo eso sería sencillo de asimilar, pensé yo.

El doctor Milton me llevó hasta un ascensor. Entró en él. Yo le seguí. Le vi pulsar el piso más alto. Pestañeé. Él se dio cuenta de mi reacción. Sonrió, explicando:

—No ha estado durante este tiempo en un edificio herméticamente cerrado, Garfield. Lo que sucede es que no podía ver el exterior… porque es un recinto subterráneo. Ahora estamos en la planta decimonovena *hacia abajo*. Diecinueve pisos por encima, tiene usted el exterior, su ansiada superficie y lo que usted desea: sol, luz, aire, libertad…

—Entiendo —afirmé despacio—. Ahora sí entiendo…

Él no hizo ningún otro comentario. Se limitó a permanecer erguido, junto a los botones del ascensor. La cabina subió y subió, vertiginosa, meteórica casi. De repente, se detuvo con un suave zumbido.

Se abrió la puerta. Vi un corredor con luces anaranjadas. Y dos hombres vestidos de materia plástica, con escafandras transparentes, y color rojo en el uniforme. Iban armados. Nos miraron, sorprendidos. Saludaron a Milton con respeto. Éste me señaló una puerta metálica.

—Entre —indicó—. Debemos vestirnos con uniformes iguales a los de esos hombres.

—¿Uniformes? —me sorprendí—. ¿Para qué? ¿Es el traje de moda?

—Sí —sonrió extrañamente—. Es la última moda de nuestro tiempo, Garfield.

Entramos en la cámara. Había hileras de trajes de este tipo, con escafandras livianas, totalmente transparentes, y equipos respiratorios adhesivos a la espalda. Incluso guantes de materia plástica, unidos a las mangas, y todo ello herméticamente cerrado. Si se vestía así en el mundo, pensé, era tan engorroso como incómodo.

Salimos de la cámara de vestuario. Milton seguía guiando. Nos dirigimos al fondo del corredor, ante la mirada perpleja de uno de los hombres de rojo uniforme.

—¿Adonde van, señor? —preguntó el médico.

—Al conducto rojo —dijo Milton.

—No tendrán la intención de…

—¿Ir al exterior? —sonrió el médico. Luego asintió,

señalándome—. Nuestro paciente, el señor Garfield, quiere salir de aquí. No puedo prohibírselo.

El guardián me miró, estupefacto. Yo empezaba a sentirme mucho menos seguro de lo que jamás lo estuve. ¿Es que la resignación y servilismo de aquella gente les había conducido a considerar la salida al exterior del profundo mundo subterráneo como una locura o un disparate?

Milton me tomó por un brazo. Nos movimos, como dos extraños seres dignos de una escena cósmica, en otros mundos lejanos.

Llegamos ante una puerta esmaltada en rojo. Sobre ella, una luz parpadeaba con intensidad. Milton la miró, preocupado, y luego consultó una especie de termómetro e indicador de algo, situado en el muro, junto a la puerta. Yo eché una ojeada. Sobre una escala de diez, destinada a medir lo que fuese, el indicador señalaba 3'5.

Al abrir la puerta, osciló la aguja. La vi subir a cinco. Los parpadeos de luz se hicieron más intensos. Yo no entendía nada, ni Milton me lo explicó tampoco.

Penetramos en un corredor iluminado en rojo, de rampa ascendente, muy pronunciada. Cerró Milton tras de nosotros. Echamos a andar. Nuestro calzado blando, esponjoso, pero hermético, no producía ruido alguno sobre el pavimento rojizo.

Al final del corredor había otra puerta metálica, color rojo. Y a su lado, otra esfera graduada, ésta sobre una escala de quince. Mostraba el número ocho la aguja indicadora. Milton abrió la puerta metálica, accionando un invisible resorte magnético.

Observé de reojo que la aguja subía hasta diez, casi once puntos sobre aquella escala. Milton tampoco dijo nada. Salimos.

Fue sorprendente.

Primero, al ver aquella especie de cúpula de vidrio que nos cubría, aislándonos todavía del exterior propiamente dicho, como si asomáramos a un enorme ventanal curvo, que se cerraba sobre nuestras cabezas.

Pero la atalaya era magnífica, sobre una elevación del terreno, y enfrente de la gran ciudad. Me quedé sin aliento.

Tal vez estaba amaneciendo. O anocheciendo. Nunca había visto una luz así. Pero a su claridad, las cúpulas, los altos edificios, los pasos y pistas aéreas, las calles modernísimas, rectilíneas e interminables, eran claramente visibles.

Lo extraño era el silencio. La quietud. Lo desierto de todo aquello.

Había vehículos, sí. Pero inmóviles. Uno acá, diez allá, un centenar en las aeropistas. Parados todos. Como clavados al suelo. Ni un alma en movimiento. Ni un coche. Ni un aerobús o un vehículo alado, pese a los muchos que en las revistas ilustradas había visto sobrevolar las urbes modernas.

No había gente. Ni en las calles, ni en las avenidas, ni en los campos, amplios y cultivados. No vi a ser humano alguno. No vi movimiento alguno que significara vida. No vi nada, salvo hermosa, fría y moderna arquitectura, trazado funcional, jardines artificiales… y aquella luz.

La extraña luz lívida de un sol sorprendentemente pálido y difuso, tras un palio de raras nubes fantasmales, inmóviles, como una bóveda triste y neblinosa. El resultado era que no había sombras, que la luz era igual en todos los puntos. Fría, depresiva, alucinante casi.

Y aquel silencio, aquella soledad…

—¿Qué significa? —pregunté, volviéndome a Milton, percibiendo mi voz extrañamente sorda bajo la caperuza de plástico transparente—. ¿Qué ocurre ahí afuera?

—Es el mundo, Garfield. El mundo que usted pidió volver…

— Sí, lo sé. Pero algo sucede… No sale nadie, no se mueve cosa alguna… Está nublado, no hay sonidos… ¿Dónde se ha metido la gente, doctor Milton?

—Es que… *no hay gente*, Garfield.

—¿Qué?

—Esa ciudad está vacía. Todas las ciudades están vacías. Si va allá, sólo encontrará muertos. En todas partes no hay sino muertos, viviendas abandonadas, vehículos olvidados… Y esa niebla de muerte, ese sol triste y apagado, ese silencio terrible, que tanto le impresiona. ¿Comprende ahora?

—No —susurré, horrorizado—. No comprendo. No puedo comprender…

—La muerte llegó un día, Garfield. Para todos. Para toda la Tierra. La unión no era tan grande como se pensaba. Hubo rebelión, secesión de gobiernos, de pueblos… Y hubo guerra. Una guerra atroz, despiadada y rápida. Se utilizaron las armas que jamás

debieron ser utilizadas. De repente, sus consecuencias se escaparon al control humano. Se desencadenó la reacción masiva. El mundo todo se contaminó mortalmente. Las nubes radiactivas lo envolvieron todo lentamente. Fatalmente, Garfield. Era el fin…

—El fin…

—Sí, el fin —suspiró Milton—. La muerte del mundo, ¿entiende? Usted despertó demasiado tarde su sueño insensible. Usted no tuvo suerte en el momento elegido por la Ciencia para dar con el remedio a su mal. Cuando eso sucedió, era tarde ya. Un día en medio de la eternidad del Hombre. El día final, Garfield. ¿Entiende ahora? ¿Se da cuenta de lo que ha sucedido allá afuera? Ya no hay nada. No existe nadie. No tiene objeto salir de aquí. Pisar ese suelo, permanecer más de un día bajo esa luz y esa niebla… significa unirse a los que se fueron para siempre. Significa dejar de existir…

CAPÍTULO V

Dejar de existir…

—Ahora sabe la razón. No es mi prisionero. No es prisionero de nadie, sino de sí mismo y de las circunstancias, Garfield. Allá afuera, está la muerte de la Humanidad, el Juicio Final, el Apocalipsis presagiado. Aquí… la última esperanza, el reducto final, la nueva Arca… Salir de ella, es morir. La muerte universal no perdona. Es inexorable.

Volvió a girar el botón del sistema de televisión mural. Seguí viendo lo mismo. Líneas de colores, como un gran espectrógrafo. Ni otro sonido que no fuese el zumbido de la ausencia total de emisiones. Cerró la televisión. En la pared plastificada, se extinguió el gran rectángulo de luz. Luego, probó un moderno transmisor de radio. Fue buscando todas las sintonías posibles. Sólo percibí zumbidos, parásitos y cosas así. Me entregó el aparato. Obtuve los mismos resultados.

—Es inútil —suspiró, cerrándolo—. No hay nada. Ni ondas privadas, ni pesqueras, ni emisiones policiales. Nada de nada.

—Quería que lo comprobase por sí mismo. Resulta difícil, viendo el exterior, tan cuidado y tan intacto todavía… imaginar la ausencia total de seres vivientes en la superficie de la Tierra. Sin embargo, así es.

—¿Cuándo… cuándo sucedió? —murmuró roncamente.

Milton se encogió de hombros.

—¿Qué importa eso? Un día, cualquier día… Hace poco, Garfield. Sólo un año… Un día en la eternidad del tiempo. Un día para su sueño de casi siglo y medio… Un día antes de su despertar. No fue un cuento de hadas, Garfield. La vida no ha sido nunca un cuento hermoso y de final feliz… La Bella Durmiente, cuando despertó, tenía a su lado a su príncipe heroico, y el dragón estaba vencido. Usted, el hombre que durmió durante seis generaciones, despierta en el horror, con el dragón vivo allá afuera, esperando más carnada… No, no hay final feliz, y lo siento. No valió la pena que usted venciera a la Muerte entonces. Ahora no hay forma

humana de vencerla. Está ahí. Flota pesadamente. Densamente. Es una nube sin principio ni fin, que envuelve a la Tierra en el horror silencioso de la muerte total. Primero fueron dos, diez ciudades aniquiladas por la energía liberada. Luego, de repente, el grito de alarma recorrió el mundo, el pánico se apoderó de vencedores y vencidos, de agresores y agredidos. Habían perdido el control. La contaminación se extendía, se dispersaba, y los detectores avisaban de su mortífera, alucinante fuerza.

—Dios mío… —hundí la cabeza en mis manos—. Locos, locos todos…

—Locos, sí. La locura les llevó a ese final. Fue el justo castigo para ellos. Pero muchos millones de seres no tenían culpa. Y pagaron igual. No hubo oportunidad para nadie…

—Excepto para ustedes —le miré de repente, con interés—. Doctor Milton, ¿cómo sobrevivieron? ¿Cómo sobreviví yo?

—Esto era un centro experimental científico, Garfield. Construido bajo tierra, en lugar seguro, contra toda clase de posibles ataques nucleares. Sobrevivimos gracias a ello. Solamente los pocos que aquí rendíamos servicio. Supimos lo que sucedía en el exterior. Se cerró todo punto de contacto con la superficie. Se bloquearon salidas y se evitó que se filtrase cualquier contaminación. Así, hoy en día nos mantenemos al margen de cualquier riesgo. No sabemos lo que durará, ni si esto será práctico en algún sentido. Nuestros recursos son ilimitados. La despensa que poseemos, toda deshidratada, naturalmente, permitirá la vida normal a cien mil personas durante mil años. Y somos solamente quinientos los supervivientes.

—Solamente quinientos… de toda la Humanidad —musité—. ¿Ningún otro reducto como éste? ¿Es único en el mundo?

—No era el único. Había muchos más, diseminados por el mundo. Hemos tratado de establecer contacto con ellos por radio. Todo inútil. Solamente nuestra emisora funciona, sobre toda la esfera terrestre.

—Quinientos seres… Dios mío…

—No exactamente, Garfield. Algunos han sido baja, por enfermedad, accidente o cosas así. Somos, exactamente, cuatrocientos ochenta y dos. Ochenta y tres con usted…

—Yo… —me erguí, pensativo. La gran incógnita de mi vida

estaba allí ahora. Acaso Milton pudiera despejarla. Yo lo deseaba con toda mi alma—. ¿Por qué yo, doctor?

—No le entiendo —me contempló, calmoso, apacible, y presentí que sí me comprendía.

—Yo, doctor Milton. Yo, superviviente de mi tiempo. La cryonización resultó. Pero solamente en mí… Cuando me sometí a ella, era el enfermo ciento y pico… Había además unos cadáveres cryonizados. ¿Qué fue de todos ellos?

—No lo sé —suspiró el médico, encogiéndose de hombros—. Sólo sé que en nuestro centro de experimentación científica, únicamente estaba usted. Una cápsula cryonizada. Con instrucciones concretas de abrir sólo cuando su dolencia tuviera remedio seguro. Así se hizo. Y resultó, Garfield…

—De modo que nada sabe de los demás que, como yo, aceptaron esta suerte…

—No, nada —meneó negativamente la cabeza—. Debieron distribuirse en diferentes centros. No hay noticias de nadie aquí. Presentimos, bastante fundadamente, que estamos solos en el mundo. Tal vez su cápsula fue la única afortunada.

—Pero… ¿por qué, doctor?

—¿Por qué? —me miró, asombrado—. ¿Qué puedo decirle yo? Sólo sé que tenía el remedio necesario para su caso. Y la posibilidad de devolverle a la vida, mediante el cambio gradual de temperatura y los procedimientos que hemos aprendido al sistema de cryonización de cuerpos humanos. Tenía que hacerlo, ¿no cree? Intentarlo, era un deber de conciencia. Lograrlo, era una meta científica y humana.

—No le preguntaba eso, doctor. Me preguntaba a mi mismo: ¿por qué yo? *Precisamente* yo…

No soy nadie, no sirvo de nada, no significo nada. Y he sobrevivido. Seguramente poetas, científicos, políticos, grandes hombres en suma, esperaron en vano resucitar para ser útiles a otro tiempo futuro. Y no despertarán jamás. Yo, en cambio, que nada soy ni nada represento… estoy' aquí. Vivo otra vez. En un lugar del tiempo que no es el mío. ¿Por qué, doctor Milton? ¿Por qué?…

—No podría decírselo —suspiró Milton, encogiéndose de hombros—. Ésa ha sido siempre la gran incógnita. En la guerra, muere un hombre notable. Otro, oscuro y gris, al lado mismo de la

víctima, queda con vida. Y se pregunta por qué. ¡Siempre por qué! Pero nadie le da la respuesta. Dios la tiene. Y Dios no contesta. No tiene por qué contestarnos…

«Dios… —extendí los brazos al techo del recinto sanitario, buscando en vano otro espacio más amplio, más abierto, otro cielo más distante y azul, más infinito y profundo. Era en vano, pero el anhelo resultaba incontenible. Revelaba algo de mí mismo, de mis sentimientos confusos, ávidos por subir, por elevarse hacia alguna parte, más allá del techo de la habitación, más allá de las veinte o veintitantas plantas del refugio subterráneo. Hacia las alturas. Hacia algún lugar, al otro lado de la niebla alucinante, de la bóveda mortal de mi planeta—. Dios, ¿por qué no me das esa respuesta que pido, que necesito…?

Sepulté la cabeza entre las manos crispadas. No, no había respuesta. Milton tenía razón. Dios no responde. No así, por lo menos. Su voz no llega desde las alturas. No somos Moisés. No somos nada apenas. En ese momento, me di más cuenta que nunca de nuestra insignificante dimensión, de nuestra pobre magnitud universal…

Oí, muy lejana, la voz de Milton:

—Créame que lo siento, Garfield. Lo siento en todos los terrenos. Pero usted quiso la verdad. Usted pretendió ir allí, a ese mundo situado más allá de la cúpula de nuestro observatorio panorámico… No quería revelarle la verdad. No deseaba hacerlo, porque sé lo que se experimenta al sentirse superviviente en un mundo de cadáveres, de silencio y de horror latente, donde nada sobrevive ya. Solamente plantas artificiales, plásticas, jardines sucedáneos de los vegetales, que es lo que usted ha visto en esas calles y avenidas. Lo demás, es todo muerte, silencio…

—Lo demás es… silencio —recité con sarcasmo, sin sacar mi rostro de las manos crispadas—. *Hamlet*, escena…

—Escena novena, acto quinto —sonrió amargamente el doctor Milton—. Final de la obra, a falta de la llegada de Fortimbrás, que regresa de Polonia vencedor… Los clásicos sobrevivieron, Garfield. Aún los recitamos en nuestro tiempo. No sé ya para qué… ¿Quién heredará esa cultura? ¿Quién vivirá nunca más allá afuera? Un cálculo optimista de nuestros expertos prevé la muerte vegetal y animal para un período mínimo de mil doscientos .años…

No dije nada. No respondí nada. Creo que ni pensé en nada.

Total, ¿para qué?

* * *

Dio vueltas al contenido de la taza. La puso ante mí, suavemente. El leve ruido de la loza y la cucharilla tenía algo de hogareño, dentro de un clima frío, aséptico, casi deshumanizado. Como si no hubieran pasado ciento treinta años…

—Gracias —dije—. Creo que nunca deseé un café como ahora…

—¿Quiere brandy? —me ofreció ella.

Negué con la cabeza, lentamente. La miré, sorprendido.

—Brandy… —dije—. ¿También hay bebidas aquí?

—Prohibidas —sonrió—. Durante las horas de trabajo no se puede beber. Pero hoy es mi día libre. Tengo permiso especial para hacer mi voluntad. Eso ocurre un día al mes.

—Es muy poco.

—Somos pocos aquí. Todos tenemos que trabajar tres o cuatro veces más de lo normal. Ahora, usted sabe por qué…

—Sí, lo sé —miré a Ulah, pensativo—. ¿Cómo se siente aquí dentro?

—Como usted mismo —sonrió ella—. Encerrada. Igual que cautiva. Pero sé que es necesario. Es imprescindible.

—Imprescindible… Sí, lo entiendo muy bien. Allá afuera es la muerte, Ulah. Aquí, es la vida…

Ella me miró. Tomó un sorbo del café concentrado que preparase. Era agradable de tomar. Bebí en silencio, sin dejar de estudiarla. Ulah parecía pensativa, preocupada por algo.

—¿Qué es lo que ocurre? —indagué—. ¿Alguna novedad?

—Aquí nunca hay novedades —se encogió de hombros—. Todo es monocorde. Se vive, se vegeta, se intenta hacer algo beneficioso por los pocos que quedamos con vida. A veces, una se pregunta si todo eso vale de algo.

—¿Por qué ese pesimismo? Se salvaron de lo peor. ¿Qué más puede exigir?

—Lo peor… ¿Sabe alguien qué es lo peor? ¿No vale más morir así, súbitamente, arrinconado uno en su hogar… a verse sometido a esta lenta tortura de final inexorable?

—Vivir no es tortura —repliqué—. ¿Lo es para usted?

—Vivir sabiendo que no sirve de nada, sí es una tortura. El final es el mismo, Garfield.

—El final es siempre el mismo, Ulah: la muerte. Lenta, rápida, inmediata o lejana. La muerte termina con todo. No debe torturarnos. Por el simple hecho de nacer, aceptamos tácitamente las condiciones.

—No todos pueden hacer lo que usted hizo —musitó ella—. No hay cryonización ahora. No serviría de nada aunque la hubiese.

—¿Por qué no?

—No habrá otra generación que vuelva a la vida al hombre congelado. No habrá futuro. No habrá nada.

—Nada… —susurré—. Es mucho afirmar, ¿no cree? Sobrevivieron unos cuantos. Aquí hay vida ilimitada. Son los nuevos Adán y Eva. Éste es un Paraíso Terrenal en versión modernista y científica. La especie sobrevive. El mañana está asegurado.

—El mañana… asegurado… —de repente, Ulah estalló en sollozos. No sé cómo, la encontré entre mis brazos. Me incliné, busqué sus ojos claros, bañados en llanto… y me encontré con sus labios rojos, carnosos y ávidos. Unos labios que temblaban y que se unieron a los míos en un tierno beso. Un beso como el de cualquier época. Un beso entre hombre y mujer, que es una constante eterna…

—Ulah… —murmuré, contemplando su frágil y bonita figura. ¡Sí, muy bonita! Y volví a repetir su nombre—: Ulah…

—Oh, bésame… —susurró—. Bésame, Garfield… Y calla. No digas nada. Bésame…

La besé. La besé con toda la ternura que sentía al tener entre mis brazos a una mujer tan hermosa.

Fue, el nuestro, un largo abrazo que se deshizo lentamente. Al hacerlo, atiné a musitar:

—Mi nombre es Mark… Mark Garfield, Ulah… Mark para ti…

—Mark… Oh, Mark, te necesito… Necesito a alguien a mi lado…

—Ulah, no sé si yo necesito a alguien. Sólo sé que me encuentro solo. Muy solo…

—¿Todavía piensas en ella? —la oí murmurar junto a mi oído.

—¿Ella…?

—Mary Ann… Tu esposa… La nombraste en tus delirios, en tus sueños inquietos… Está en tu historial… Mary Ann Garfield. Veinticuatro años… Muy bella, muy dulce y hermosa…

—¿Cómo lo sabes?

—Tu historial… Conservas una fotografía de ella. Dedicada. El doctor Vadar la incluyó en tus recuerdos de tu tiempo… La dedicatoria dice: «A mi amado Mark. Nunca te olvido. Estoy siempre a tu lado. Tu: *Mary Ann*…»

—Calla… —gemí—. Calla, Ulah… No hables de ella. Es mi mundo, mi pasado. Esto de ahora… ni siquiera sé lo que es.

—¿Hubiera sido diferente, de revivir antes, sólo un día antes del caos, y no un día después? —me preguntó, mirándome audazmente a los ojos, pictórica de vitalidad, de deseo, de feminidad—. Di, Mark… ¿Sería diferente?

—No sé… —oprimí mis sienes, exasperado—. No sé, Ulah… Lo cierto es que volví a nacer un día después. Y eso lo cambia todo. El mundo no existe ya. Mary Ann no hubiera existido, de cualquier modo. Eso yo lo sabía. Yo elegí esa suerte, cuando acepté la experiencia cryónica.

—¿Qué vale más, Mark? ¿Vivir eternamente, sin nadie amado alrededor… O morir junto al ser querido, sobrevivir sólo unas hermosas semanas, con el amor de alguien muy tuyo a tu lado?

—Ulah, no me tortures… —rogué.

—No te torturo. Te pregunto. Tu conciencia es la que puede torturarte…

—Sí, sí, lo acepto. Fui egoísta. No quise sufrir. Pero tampoco quise que sufriera ella. Elegí lo mejor para los dos…

—Mark, no fue lo mejor. Tú lo sabes.

—Lo sé ahora. Porque ha ocurrido… todo eso. Pero pudo ser diferente…

—Pudo ser diferente, sí. Pudiste vivir una nueva existencia en un mundo mejor, sin dolor y sin padecimientos. Evocando dulcemente a Mary Ann. ¿Qué te importaría que ella hubiese muerto sufriendo, llorando por ti?

—No, Ulah, no hables así. No me reproches…

—No te reprocho. Fuiste egoísta. Tremendamente egoísta. Fuiste hombre, ser humano ante todo… Ahora… ¿qué esperas de la vida,

de tu hermosa, nueva y flamante vida?

—Nada —gemí, estrujando mis dedos nerviosamente—. Sólo esperar, vegetar, vivir aquí, en la luz artificial… Y morir un día. No espero nada. Y sé que no valió la pena. Pero lo sé un poco tarde. Un poco demasiado tarde. No tiene arreglo, Ulah. Ya… no tiene arreglo.

Ulah me miraba extrañamente. Se levantó. Encendió un cigarrillo. Fumó nerviosamente, dando, paseos por la estancia.

—Mark, hay algo en lo que te equivocas —dijo sin mirarme—. Algo trascendente…

—¿Equivocarme? —hice un gesto resignado—. Creo que me equivoqué ya en tantas cosas, que no vale la pena preocuparse de eso…

—Mark, me refiero a… a tu modo de ver las cosas. Esperas vegetar aquí, arrastrar una vida absurda, encerrado entre estos muros, a muchas yardas bajo la superficie, huyendo de las radiaciones exteriores…

—¿Qué otra cosa puedo hacer? —indagué.

—Ni siquiera puedes hacer eso que dices, Mark —me dijo con triste sonrisa.

—¿Qué dices? —exclamé—. ¿Qué pretendes dar a entender con eso, Ulah?

—El doctor Milton se hace ilusiones al respecto. Sobre la escala de diez, tenemos un máximo de radiactividad de cinco y medio, y un mínimo de tres. Si nos acercamos a las vías de acceso directo al exterior, ese índice sube considerablemente. Con esos máximo y mínimo, la vida es tolerable en este reducto. Pero deberías de saber que, hace dos años solamente, el máximo de radiactividad aquí era de cuatro, coma seis, y el mínimo de dos, coma siete. Hace un año, pasó a ser respectivamente ese índice de cinco, coma uno, y de dos, coma nueve. Ahora, ya es de cinco, coma cinco, y de tres. El año próximo, será de cinco, coma siete, u ocho, y de tres, coma cuatro o cinco. El máximo tolerable por el ser humano, en esa escala, es de siete a ocho. Sobrepasar ocho es llegar a la muerte lenta. Y alcanzar nueve, es la muerte rápida. Diez, es intolerable, fatal en el acto. ¿Te das cuenta, Mark? Vamos subiendo. Paulatina, lentamente. De forma inexorable…

—Ulah… —murmuré—. Ulah, ese índice puede frenar en

cualquier momento…

—No frena. Ni siquiera se apunta un descenso ocasional. Sube. Siempre sube. Implacablemente, sube. Lo sabemos todos.

—¿Y eso significa…?

—Eso significa la muerte.

—La muerte…

—Es triste admitirlo. Pero no hay defensa posible. No hay aislamiento hermético. La radiactividad avanza, se filtra, salva nuestras defensas. Penetra aquí, como un enemigo solapado. Un día, el grado de contaminación será definitivo. Y moriremos. Todos…

—Todos… —gemí—. De modo que no hay esperanza. Ni siquiera de un mundo para mañana…

—Nada, Mark. Clínicamente, se va probando. Los pacientes, los enfermeros, los médicos, los investigadores… Todos en esta base científica, van saturándose de radiactividad. No hay mejora. Ni retroceso. Es el fin también. Un fin lento, inexorable. Peor mil veces que el final rápido que esos desdichados tuvieron ahí afuera. Los cálculos prueban que familias enteras, pueblos completos, tardaron un par de horas, tres o cuatro todo lo más, en perder el conocimiento y morir, arrinconados en sus casas, como el perro busca el rincón para su final…

—Ulah… Esto no es justo.

—¿Hay algo justo en el mundo que hemos heredado de otras generaciones? ¿Fue justo romper la Federación Mundial y provocar la Secesión y la guerra?

—No me refería a eso. Las guerras nunca fueron justas.

—Ahora hablo de otra clase de justicia… ¿Es justo que hayamos de morir aquí lentamente, que terminemos arrastrándonos en estos laberintos subterráneos, pudiendo ávidamente morir, lo más rápidamente posible?

—Nadie nos obliga a ello. Seguimos siendo libres, Mark —habló Ulah, mirándome muy seriamente.

—Libres… —reí sarcástico entre dientes—. ¿A qué llamas libertad, Ulah? Dime, por favor, ¿a qué llamas tú libertad?

—El doctor Milton no es un dictador. Le ha tocado una dura prueba. Debe regirnos a su modo. Pero nos da a elegir. Cada cual es libre de escoger entre las dos únicas posibilidades que existen: intentar sobrevivir aquí… o salir al exterior, con víveres y aire

respirable para un tiempo prudencial. Luego… morir rápidamente. Él no se opone a la decisión de cada uno.

—Supongamos que yo elijo… salir —dije de repente, con voz sorda.

—Saldrías, Mark —me miró, patética. Aferró mis manos—. Por Dios, no pidas eso…

—Tú lo has dicho. Hay que elegir. Morir aquí lentamente, año a año, sin esperanzas, no me seduce. Dijiste bien. Creo que he vuelto a la vida un día después de lo debido. Pero tengo derecho a escoger. Y escogeré.

—Mark… No seas loco. ¿Qué vas a escoger?

* * *

—Sí, Garfield. ¿Qué es lo que escoge en definitiva?

La pregunta, en labios del doctor Milton, era contundente, precisa, definitiva. Mi respuesta, había de serlo también. Y lo fue.

—Salir —dije, escueto.

—Salir… —repitió él lentamente, como si se resistiera a la idea —. Salir… ¿al exterior a la superficie del mundo?

—Sí —afirmé.

Hubo un silencio. Un largo y difícil silencio. Ambos nos medimos con la mirada.

—No podría oponerme, aunque la conciencia me lo exigiese —murmuró—. Es su voluntad, y esto, contra lo que usted cree, no es una dictadura.

—Le agradezco que hable así. Mi decisión es irrevocable.

—Pero… ¿por qué? —musitó—. ¿Qué espera encontrar allá fuera, Garfield? Sólo hay silencio, horror… muerte inexorable. Con un traje especial contra las radiaciones, sobrevivirá dos, tres días.

Pero al final morirá. Como todos ellos, buscará un rincón y, al igual que un perro moribundo, se acurrucará a esperar la muerte. ¿Cree que eso vale la pena?

—¿Vale la pena esperarla aquí, doctor Milton? —le miré fijamente—. Usted sabe a lo que me refiero. Es demasiado inteligente para no haberse dado cuenta. El índice de radiación…

—De modo que lo sabe… —suspiró, inclinando la cabeza—. ¿Es por eso por lo que…?

—Es una de las razones solamente. ¿Lo saben los demás?

—No, no. ¿Para qué revelárselo? Es mejor que alimenten una vaga esperanza, que vivan este tiempo que nos queda, con alguna ilusión, con alguna alegría… Lo contrario, sería espantoso. Peor aún que la misma muerte. Lo sé por mi propia experiencia. Es horrible tener que fingir, sonreír con ánimos, alentar a todos, sentirme feliz… sabiendo lo que nos espera.

—Es cuestión de tiempo —me encogí de hombros—. El final es siempre el mismo, doctor.

—Lo sé. Y usted quiere terminar cuanto antes…

—Sí —afirmé—. Cuanto antes, doctor.

—Muy bien —se incorporó despacio—. No hay objeciones, Garfield. Después de todo, está en su derecho. Yo no puedo ofrecerle aquí nada mejor. Solamente más largo, eso sí. Y me pregunto como usted, si valdrá realmente la pena…

—Usted debe continuar. Por lo demás. Endulce cuanto pueda su tiempo de vida. Es una hermosa obra la suya, doctor Milton. Y gracias por permitirme salir…

—No me las dé. Cuando vea llegar la muerte, me maldecirá. No por haberle dejado ir a la superficie, sino por haberle vuelto a la vida. No valía la pena salir de su cápsula cryónica, ¿verdad?

—Tal vez no —me encogí de hombros—. Nunca se sabe… Pero ciertamente, no he tenido demasiada suerte…

Me escoltó a la sección de trajes antirradiación, en el conducto rojo de salida. No vi a Ulah por ninguna parte para despedirme de ella. Antes de dirigirme a la cúpula de vidrio donde estuvimos antes, el doctor Milton me tendió su mano.

—Adiós, Garfield —me dijo—. No le deseo suerte, porque sería inútil. Sólo ruego que todo sea fácil… y que no sufra demasiado.

—Gracias, doctor Milton —estreché aquella misma mano que me había resucitado y me había extirpado el mal en el quirófano. Traté de sonreír, y Dios sabrá si lo logré o no—. Espero lo mismo para ustedes todos. Hasta nunca.

—Hasta nunca, Garfield.

Nos miramos a los ojos. Éramos dos hombres; y sin embargo, teníamos húmeda la mirada. Ambos sabíamos que no íbamos a volvernos a ver jamás. Esto sí era una despedida. Definitiva.

Avancé yo solo hacia la cúpula. Me había dicho que en ella se

abriría un conducto para el exterior, cuando él lo accionase. Estaría abierto diez segundos. Los precisos para salir y pisar la superficie.

Cuando la hoja de vidrio plastificado se deslizó, tuve miedo por un momento. Un miedo atroz, como jamás ha sentido ser humano alguno, quizá con la excepción de los primeros cosmonautas, al pisar un suelo extraño, allá en las estrellas. Y salí.

Salí al mundo. A la luz. A la muerte. Pero, de todos modos, salí.

CAPÍTULO VI

La ciudad me acogió silenciosamente. Las calles eran largas, interminables. Calladas como cementerios. Eran cementerios, en realidad. Y sus viviendas modernas, rectilíneas, eran quizás enormes panteones llenos de muerte, de dolor oculto, de la angustia de verse extinguidos por la maldición nuclear.

Caminé despacio por las avenidas bien asfaltadas, entre jardines artificiales y rampas que subían bajaban, formando rutas aéreas o inferiores, entre el conglomerado fantástico de moderna arquitectura.

Arriba, en el cielo, aquel sol pálido, fantasmal, perdido tras el palio de nubes extrañas y frías. Me pregunté qué sucedería de noche, en la oscuridad total. Me detuve ante lo que había sido un gran hotel. Un enorme vestíbulo, ascensores, conserjería, mocetones… Y nadie. Nadie en ninguna parte…

¿Qué ciudad sería aquélla? La pregunta se repetía en mi mente de forma constante. Era una incógnita. Ni siquiera se me había ocurrido preguntar a Milton por el lugar en que me hallaba. No podía reconocer nada de nada. Si aquella ciudad fue alguna gran metrópolis en mi tiempo, ahora estaba lo suficientemente cambiada como para no tener la menor idea de su anterior apariencia.

Podía ser cualquier ciudad. Nueva York, Londres Berlín, Tokio, Río de Janeiro, Los Ángeles… Miré alrededor, buscando el mar. No parecía tener puerto. No veía aguas en parte alguna. Ni muestras de que fuese un lugar costero.

Me detuve, curioseando en los vehículos parados. Las matrículas eran diferentes a las de mi tiempo. Pero, en la mayoría de ellas, se repetían unas iniciales: G.N.Y. Y luego, las cifras de una complicada matriculación.

No entendía nada. No figuraban los nombres de los Estados, como anteriormente (1[2]). Ni las placas tenían color alguno concreto que las identificase.

Los vehículos eran a turbina o accionados con una energía que yo desconocía. Muchos de ellos podían elevarse, volar como

pequeñas avionetas, aun sin alas ni apariencia de avión. La forma ovoide era la que predominaba. El color de las carrocerías, en un metal ligero, variaban en bellísimos tonos lustrosos.

—Dios mío… —murmuré en voz alta, dentro de la envoltura de materia plástica transparente de mi escafandra antirradiactiva—. Debió de ser un hermoso y animado lugar…

Caminé sin rumbo fijo. Dentro de mi traje presurizado, el ambiente exterior me venía un poco distante. Pero aun así, casi percibía físicamente el aire cálido, pesado, mortífero, bajo el palio de trágicas nubes y el sol yerto, lívido, allá en la distancia, pugnando por atravesar la envoltura de nieblas mortales de la Tierra moribunda.

Vi una puerta abierta. Era una vivienda. Una curiosidad invencible me asaltó. ¿Y si entraba allí, si comprobaba la soledad angustiosa de los edificios en su interior, la razón terrible del silencio?

Entré. Di unos pasos hasta un indicador de pisos. Pulsé un resorte. Zumbó una puerta en alguna parte. Miré donde apoyaba el dedo. Planta seis, puerta D. Suspiré, iniciando el ascenso en una plataforma transparente, que se movió sin dificultades, subiendo por una especie de tubo en espiral, de fibra de vidrio, translúcida, color ámbar.

Llegué a la planta seis. Una puerta estaba abierta. Avancé. Era como hollar una tumba o una vivienda donde hubiera seres vivos y confiados. Me sentí avergonzado de mí mismo, pero tenía que ver, que comprobar lo que fuese…

Cuando entré, el silencio y la soledad eran los mismos de cualquier otro lugar. Tuve que recorrer cuatro, cinco habitaciones, antes de encontrarme con el horror que presentía.

Allí estaban. Fueron tres. Tres personas. Dos adultos y un niño. Posiblemente un matrimonio y un hijo…

Ahora eran tres esqueletos tendidos en los lechos de la habitación, boca arriba. Allí debieron caer, vencidos por el mal, dispuestos a aguardar la muerte, que llegó al fin, para liberación suya. El tiempo, los años habían hecho el resto. Ya nada de putrefacción ni de horribles deformaciones. Sólo el esqueleto. Sólo la ínfima expresión humana, descarnada y terrible.

Sobre un mueble, unas fotografías. Las miré, acercándome a

ellas. Vi a una pareja joven. Una bella dama rubia, un joven alto y arrogante, de fácil sonrisa, con uniforme militar. Norteamericanos. El distintivo USA aparecía ostensible, sobre una esfera mundial azul y las palabras: «Sociedad Mundial de Naciones Federadas».

A su lado, un niño de seis o siete años, con un balón de rugby en sus manos. Los juegos, el deporte y los niños, afortunadamente, nunca habían cambiado el transcurso de los siglos. Hay cosas inmutables, como una flor, un hombre y una mujer, un niño, un juego o un beso…

—Dios… —murmuré.

Luego vi la dedicatoria en la fotografía, que era estereoscópica y en un bellísimo color. Y leí al final la fecha: agosto del 2096…

Y el nombre de la ciudad.

Exhalé un grito. El nombre de la ciudad. Era *mi* ciudad. Jamás me había movido de ella.

—No es posible… —gemí—. He recorrido ciento treinta años dormido…, pero nunca dejé de estar aquí. Aquí, donde Mary Ann vivió, donde ella se quedó, después de irme yo de su lado para siempre…

Mi ciudad… Era entrañable y hermoso sentirse en ella, aunque estuviese tan cambiada, aunque ya no la conociera. Aunque pareciese un mundo extraño, en un planeta lejano e imposible…

—Mi ciudad… —susurré, con lágrimas en los ojos—. Pobres… Pobres todos ellos…

De repente, me detuve en seco. Sentí una rara, incómoda sensación. Algo que no podía suceder.

Me pareció que estuvieran mirándome, que los ojos de alguien se clavasen en mi nuca de súbito…

Era imposible. Pero me volví en redondo, sobresaltado y temeroso.

No había nadie. Pero, difusamente, creí sentir un roce, un leve ruido que se alejaba… Pasos. *Pasos de alguien*…

El escalofrío subió por mi espina dorsal. Noté cómo se erizaban los cabellos de mi nuca. Corrí a la puerta, dominando mi terror, y crucé las habitaciones todas, llegué al pasillo del ascensor circular. Miré a uno y otro lado.

Nadie. Ni un ruido.

No había podido ser. Mi imaginación me jugó una mala pasada.

No había nadie vivo en la ciudad. En *mi* ciudad.

Respiré hondo. Di unos pasos, corredor adelante, tambaleándome todavía, bajo el peso de la alucinante impresión. ¿Por qué había tenido que sentir eso, precisamente eso, en un lugar donde no quedaba nadie con vida, donde el silencio era eterno y la muerte mi compañera hasta el fin?

De pronto, mis ojos se clavaron allí, en aquel punto. Me estremecí, apoyado en el muro, y sentí que mi razón vacilaba, que mi terror inexplicable volvía a apoderarse de todo mi ser y ponía mi carne de gallina.

Era el indicador del ascensor. Parpadeaba velozmente. El ascensor *descendía*. Alguien tuvo que accionarlo, alguien tuvo que ir en él hacia la planta baja del edificio…

Exhalé un grito ronco, que posiblemente ni siquiera salió de mi escafandra de plástico hermético. Corrí a la escalera aérea, espiral, que corría en torno al tubo del ascensor magnético. Como un desesperado, como si estuviera súbitamente demente, me precipité escalera abajo, lanzado fantásticamente a enormes zancadas, en pos del vertiginoso descenso de la cabina translúcida, color ámbar, donde alguna persona, o *alguna cosa*, bajaba hacia la planta inferior, huyendo de mí, tras haberme mirado, a espaldas mías…

Eso era imposible. No podía suceder, porque no había nadie con vida, excepto yo mismo, allá en la superficie terráquea.

Pero había sucedido. Y yo estaba a punto de alcanzar a quien fuese, de ver a quienquiera que me hubiese vigilado a espaldas mías, allá en el silencio mortal de la vivienda del joven matrimonio y el niño, sacrificados junto a tantos cientos de millones de seres humanos, por la energía liberada, incontrolada, que unos locos habían manejado estúpida y cruelmente, en el juego más perverso y ruin que al ser humano le ha sido dado practicar.

Cuando llegué abajo, tras devorar la escalera de los seis pisos, todo era inútil ya. El ascensor estaba allí, detenido. Pero no había nadie dentro, ni tampoco en el vestíbulo. Salí a la calle, bajo la turbia luz agónica del mundo muerto.

Y tampoco vi a persona alguna, ni signo de vida de ninguna especie.

Jadeante, me detuve, tratando de razonar. Pude haber sido víctima de una alucinación, pero ¿y el roce de los pasos? ¿Y el

ascensor en movimiento?

Soplaba una extraña brisa que sentía rozar mi indumentaria de plástico aislante. Un lejano viento cárdeno se alzaba del suelo, en remolinos que avanzaban progresivamente, invadiendo las avenidas desiertas. El cielo, de un modo brusco, sin transición alguna, se hacía más oscuro, el sol se nublaba por completo, en un fantástico eclipse…

La noche…

Era la noche, pensé. Y sentí terror. Terror a la oscuridad, al mundo muerto que me rodeaba, a la ciudad que pronto quedaría en sombras, sin iluminación callejera, sin escaparates, sin focos de vehículos, sin letreros luminosos y sin pantallas públicas de televisión estereoscópica, como había visto en los *magazines* de la época.

Solo en la noche. Solo en la ciudad inerte. Solo en las calles olvidadas y silentes. Como un personaje de pesadilla. Como un antihéroe de Huxley o de Orwell… Como un ente kafkiano, preso en su propia atmósfera.

Hasta entonces nunca supe lo que era el miedo. Hasta entonces nada logró asustarme.

Entonces, por primera vez, fui cobarde. Por primera vez tuve miedo. Me asusté. Y supe que ni siquiera sabía lo que me esperaba en las próximas horas, en las tinieblas de muerte de la gran ciudad sin gente…

No sé cuánto tiempo caminé por sus avenidas. Las amplias aceras eran como bandas de cemento frío, terso, acerado y sin fin. En las calzadas había vehículos aparcados para siempre, con una quietud eterna, sin límites. Como todo lo que me rodeaba.

Sobre mi cabeza, el nublado era más y más denso, las sombras más profundas, el disco turbio del sol más apagado y triste…

Me detuve en una amplia plaza singular, con forma de gran estrella. Jardines en su centro, todavía frondosos, señalaban el artificio de su contextura, bajo la acción de rayos solares concentrados, una luz vivificante que posiblemente durase lustros enteros. A su alrededor, las radiaciones atómicas estarían posiblemente destruyendo la barrera solar de protección de los jardines artificiales.

Pensé en todo lo que me rodeaba. Ya ni siquiera me sentía

pesimista. Después de todo, no valía la pena. Era el fin. No cabían esperanzas. Yo tenía ciertas nociones sobre las radiaciones nucleares. El estroncio 90, que químicamente tanta semejanza tiene con el calcio, se concentra en los huesos y médula, y, por consiguiente, provocaba el cáncer de huesos y la leucemia. El yodo 131, que se concentra habitualmente en la glándula timo, es una fuente cancerosa de ese órgano tan importante. El cesio 137 y el carbono 14, que pueden incorporarse a todos los tejidos, se consideran como un peligro para los órganos genéticos y, por consiguiente, para cualquier tipo de descendencia.

Eso eran sólo pequeños ejemplos, aplicables a radiaciones limitadas. Una conflagración nuclear a escala universal, tuvo que producir un alud de nubes radiactivas mortales de necesidad. Una muerte lenta, dolorosa, terrible. La protección radiológica que pudieran haber organizado previamente los sistemas de Salubridad Pública de nada servirían ante eso.

¿Cuánto tardaría yo en morir? ¿Cuándo notaría los primeros síntomas, al vencer la radiación mis escasas defensas del traje hermético que me proporcionara el doctor Milton?

Era cosa de unos pocos días, de unas horas acaso. Pasé frente a establecimientos de víveres y de bebidas, de alimentos concentrados, de cápsulas deshidratadas alimenticias, y toda clase de viandas de cualquier tipo. Nadie las controlaba. Los refrigeradores automáticos los conservaban intactos. Podría comerlos, alimentarme ese tiempo que durase con vida. ¿Que los víveres estarían contaminados? Por supuesto, ¿qué importaba eso? De cualquier modo, también yo me contaminaría implacablemente.

Hallé incluso bancos abiertos. La moneda del futuro, de *mi* futuro, que era ahora *mi* presente, eran *créditos* universales, una especie de moneda mundial, común a todos los países, una unidad, monetaria sólida y sin fluctuaciones posibles en el mercado. Pude asomar, ver cajas abiertas, millares, millones de billetes de diez, de cien y hasta de mil «créditos» convertibles en dinero efectivo en cualquier lugar del mundo. Reí entre dientes con cierto histerismo.

Yo era el ser más rico de la Tierra. Pero como, aparte el refugio clínico del doctor Milton, era el único ser viviente en la faz terrestre, ¿de qué podía servirme el dinero? Un anciano invento de los hombres para comerciar, para mercaderías y canjes, había

perdido su significado, su valor real, su auténtica expresión. Quizá porque nunca la tuve. Acaso precisamente porque en aquella falsa grandeza de esos montones de flamantes billetes estaba el fundamento del caos absurdo y cruel, la razón de guerras y luchas sin sentido, en las que el ser humano buscó mejorar su posición económica, los pueblos su emancipación, los gobiernos su poderío…

Estúpidos todos: hombres, pueblos, gobiernos…Llegué al centro mismo de la plaza de la estrella. Alcé mis ojos al cielo oscuro, en medio de la noche negra de la gran urbe silenciosa. No sé por qué, me acordé de Dios. No sé por qué, evoqué un rostro querido, unas facciones dulces y sensitivas, bajo un cabello suavemente dorado…

—Mary Ann… —gemí—. Mary Ann… Perdóname. Perdóname, estés donde estés…

Cerré los ojos, oprimí los puños, posiblemente en una postura patética, enfrentado a mi circunstancia, a mi momento actual, a mi destino inapelable…

Y de repente, en la oscuridad silenciosa, con mis párpados bajados, sentí el roce de pasos otra vez. Y ahora acercándose a mí. Ahora, como si alguien se estuviera aproximando al centro de la plaza estrellada, ya sin disimular, sin ocultarse.

Yo no abrí los ojos. Sabía que sería inútil. Estaba convencido de que, al hacerlo, no vería sino sombras, quietud, soledad total. Mi imaginación. Era sólo eso: mi imaginación. Como el ascensor, como en el edificio de los muertos…

Los pasos estaban cerca en apariencia, aunque yo supiera que no existían, que no podían existir sino en mi cerebro. Luego se detuvieron.

Con mis ojos cerrados, temblé. Tuve por un momento la loca, la disparatada idea de que alguien estaba parado cerca de mí, de que unos ojos humanos me miraban.

Después sucedió lo imposible.

Una voz de mujer habló. Una voz dulce, melosa, lejana, increíble:

—Mark… Mark, cariño… Al fin te he encontrado. Al fin… ¡Mark, mi vida, ya nos hemos reunido otra vez! Y ahora para siempre. Ahora hasta morir… juntos los dos…

Era imposible, claro. No ocurría. No *podía* estar sucediendo. Aun así, abrí los ojos. Miré a lo que sabía que sería solamente noche,

oscuridad, vacío.

Miré.

Y no había solamente noche, ni oscuridad, ni vacío.

Estaba allí. *Ella* estaba allí.

No podía ser, pero estaba allí. Frente a mí. De pie, en medio del jardín artificial de la plaza en forma de estrella… Mirándome tierna, patéticamente. Con ojos más claros que nunca, con cabello más dorado y suave de lo que jamás pudo serlo…

—No… —gemí, lívido. Di un paso atrás—. No, no es posible…

—Mark… —ella me miró dolorosamente—. Mark. ¿qué te ocurre? ¿Acaso ya…, ya no me amas?

—Pero…, pero tú…, tú *no puedes* estar aquí ahora. ¡No es posible, MARY ANN! No es posible, Mary Ann, esposa mía…

Y me sonrió. Y afirmó con su rubia cabecita. Y era ella. Ella, Mary Ann. Ella, mi mujer…

Tal como yo la dejé en el pasado, ciento treinta años atrás…

CAPÍTULO VII

Saltó el tapón violentamente. El champaña espumeó, derramándose en parte. Pude escanciar en dos copas su dorado, espumeante contenido. Dejé la botella en el cubo de hielo. Miré a Mary Ann.

—¿Brindamos? —pedí, tomando la copa.

—Brindamos, Mark —sonrió ella, afirmando—: Por ti, por mí…, por los dos.

Alzó la copa. Yo, la mía. Hubo un choque cristalino. Bebimos luego. Ella rió. Yo sentí un cosquilleo en la nariz.

Dejé la copa. La miré. Ella me miró. Seguía siendo hermosa, joven, dulce, inteligente y sensible. La misma Mary Ann que había sido siempre. Pero eso sucedía ciento treinta años atrás. Yo había dormido casi una eternidad, en el frío artificial de la cryonización. Pero ella…, ¿por qué ella estaba allí ahora? ¿Por qué era la misma, por qué no se sorprendía de nada, ni nada la impresionaba?

Cualquiera hubiera dicho, viéndonos allí sentados, en aquel restaurante de lujosa terraza vacía, con mesas solamente reservadas para nosotros, sin camareros ni *maître*, que éramos dos locos en un mundo desierto. O dos personas rodeadas de una multitud invisible.

Los alimentos, en nuestros platos de la mejor loza, eran dignos de un festín. Alimentos deshidratados o descongelados, eso sí. Pero todos exquisitos: caviar, mariscos, carnes con guarnición, vinos dorados, fruta jugosa…

Y, en alguna parte, música. Música de otros tiempos, música de cuando el mundo era aún algo más que este cementerio ingente de ahora. Cuando el mundo estaba todavía lejos de la hecatombe nuclear. No demasiado lejos, pero todavía sonreía alegre, y no quería pensar en un trágico porvenir, inexorable como la marcha misma del tiempo.

—Mark, ¿en qué piensas…?

—En… en todo esto. En ti, en mí…

—Mark, no pienses. No quiero que pienses. Vivamos, simplemente.

—Vivir… —solté una agria, larga carcajada—. Vivir… ¿Llamas «vivir» a esto?

—Estamos tú y yo aquí, ¿no es cierto? —sonrió Mary Ann dulcemente.

—Mary Ann, por Dios, no hagas que me vuelva loco… —miré su rostro pálido y dulce, su mirada suave, sus ropas y peinado de otro tiempo, siglo y cuarto .atrás—. Sabes que esto no puede suceder. Que no está sucediendo. No es posible… Yo he dormido siglo y pico, yo he vuelto a la vida ahora, pero tú…, tú *no puedes estar aquí*. Tú…

—Mark… —me puso su mano en mi boca, como si pretendiera que yo no dijese el resto—. No, por favor. Lo que cuenta es lo que está sucediendo. Contamos tú y yo… Mark, por Dios… Si esto es así, ¿a qué buscarle explicación? Estamos juntos. Unidos los dos… ¿No me amas ya, cariño mío?

—Oh, Mary Ann, no digas eso —me incorporé, rodeé la mesa, me precipité en sus brazos, y la apreté contra mí.

La oprimí con calor, hasta sentir su boca en la mía, sus labios contra mis labios. Y era sólida, era real, era tangible. Era ella, en suma. Me besaba como me había besado siempre. Como yo aún lo recordaba, por encima de una eternidad.

—Mark… —cuando se apartó de mí, su expresión era tierna, cálida, sus ojos húmedos y profundos, su cuerpo vibrante de pasión, de amor, de sensibilidad—. ¿Te das cuenta ahora? Estamos aquí los dos. Estamos unidos los dos. Juntos, juntos para siempre…

—Mary Ann, «siempre» apenas si significa unas horas, un día, dos, acaso tres… Pero no más.

—Siempre…, nunca... ¿Qué importa el tiempo, qué importa lo que dure todo, lo que duremos nosotros mismos, mientras estemos unidos, mientras sigamos juntos los dos, aunque el minuto final de nuestras vidas sea el mismo para ambos?

—Mary Ann, si yo entendiera, si pudiera comprender… —acaricié sus mejillas, su cabello, me sentí nuevamente atraído hacia ella, como absorbido por una vorágine—. Mary Ann, no sé lo que está sucediendo. Sólo sé que esto no puede suceder y, sin embargo…, está ocurriendo. Y estamos tú y yo, estamos unidos…

—Unidos, Mark… —suspiró ella, mirándose en mis ojos—. Unidos… para la eternidad, para siempre, para nunca, para bien,

para mal, para vivir… o para morir…

— Para vivir… o para morir —susurré. Y cerré los ojos. Y la envolví en mis brazos. Y ella me envolvió en los suyos.

* * *

Cuando desperté, no sabía el tiempo transcurrido. Pudieron ser minutos, horas, u otros ciento treinta años. O una eternidad.

Sólo supe que el viento silbaba, hostil y siniestro, sobre mi planeta sin vida. Que la noche era oscura y el polvo de las llanuras entraba entre alaridos del aire huracanado, en calles y plazas, en avenidas y jardines.

Supe eso. Y supe que estaba solo.

Que Mary Ann no estaba a mi lado sobre la hierba. Ni en ninguna parte. Se había vuelto a marchar. Quizá para siempre ya.

—¡Mary Ann!— grité. Y mi voz se perdió en el viento sutil, mortífero acaso, saturado de radiaciones letales—. ¡Mary Ann, cariño, vuelve aquí! ¡No te vayas! ¡Vuelve…!

«¡Vuelve, Mary Ann! —repitieron ecos vacíos, lejanos, rebotando de muro en muro de la ciudad muerta—. ¡No te vayas, vuelve…!»

Y era en vano. Ella no volvía. Ella quizá ni siquiera me oía.

Ella se había ido. Solamente quedábamos la noche y yo, el viento y yo, la muerte y yo…

* * *

—¡Mark Garfield! Mark Garfield, responda…

—¿Eh? —exclamé, pegando un respingo, mirando alrededor mío, sobresaltado, medroso, asustado e impresionado—. ¿Qué es eso? ¿Quién habla? ¿Quién dijo algo?

—Mark, habla el Refugio 17 —repitió la voz en mis oídos—. Mark Garfield, responda. ¿Se encuentra bien todavía?

—Sí, sí, muy bien. No siento nada. Nada especial en absoluto… —miré al cielo negro de la noche fantástica del Apocalipsis—. Tal vez esté muriendo, pero no lo noto…

—Eso está bien. Notará la muerte, desgraciadamente. Es bueno que siga bien. Su organismo resiste.

—¿Cómo puedo escuchar su voz y usted la mía, doctor Milton —interrogué, perplejo.

—No es difícil —oí la risa suave de su voz—. Deposité un interfono en su escafandra. Es transparente, invisible casi. Por él le llega mi voz, y a mí me alcanza la suya. Quise que, al menos, tuviera este contacto humano durante el tiempo que sobreviva. No sería justo que permaneciera aislado, en silencio, hasta rozar la demencia. Al menos, podremos comunicar, usted nos revelará sus emociones, sus sentimientos, todo lo que pueda sentir, lo que experimente ahí afuera, amigo mío…

—Doctor… Doctor Milton…— musité, medroso—. ¿Puedo…, puedo consultarle algo?

—Adelante, Garfield. Pregunte lo que quiera.

Es en lo único que puedo ayudarle; en darle respuestas. Las respuestas que usted pida, si está en mi conocimiento poderlas dar.

—Doctor, ¿cuál es actualmente la graduación radiactiva aquí fuera, el índice letal de la atmósfera terrestre?

—Varía en algunos puntos de la Tierra, aunque en todos es mortal a la larga. Aquí, exactamente aquí, es del orden de nueve, coma ocho, sobre una escala de diez. Como verá, casi a tope.

—¿Nadie puede sobrevivir?

—Nadie. Ni vida animal, ni vegetal. Los jardines artificiales se extinguirán pronto. Y la supervivencia está supeditada a la resistencia de los tejidos refractarios. En su caso, puede durar unos días, no muchos. No se haga ilusiones, Garfield. No valen la pena.

—No es por eso, doctor. Es que… he estado acompañado.

—¿*Acompañado*? —el tono del doctor fue perplejo.

—Eso dije. Una mujer, doctor… Surgió de las calles repentinamente. Estuvo a mi lado. Cenamos juntos, bebimos champaña… Sentí sus besos, su cuerpo cerca del mío…

—Entiendo —su perplejidad era ahora cierta amargura.

—¿Qué es lo que entiende? Yo no comprendo nada.

—Sicodelia, Garfield.

—¿Sicodelia?

—Eso es. Ve aquello que *quiere* ven Lo que- desea ver. Son momentos de una hipersensibilidad, excitada por la soledad y el silencio. Cuidado, Garfield. La demencia puede sobrevenir, si uno no controla sus impulsos emocionales, su cerebro…

—Doctor Milton, no estoy loco. No creo haberlo imaginado. Además…

—¿Qué, Garfield?

—Ella…, ella era… era Mary Ann. Mi esposa…

Un silencio. Sentí el suspiro lejano del doctor

Milton. Luego su voz pausada:

—¿Lo ve, Garfield? Usted mismo coincide conmigo. Es imposible. Mary Ann, su esposa, debió morir hace casi cien años. Vio una imagen, creyó vivir unos momentos… Eso fue todo. Antes de la guerra final, antes del caos termonuclear, hubo fuerzas militares que usaron gas sicodélico para provocar alucinaciones a las tropas enemigas. Algo de ese gas permanece. La atmósfera terrestre, densa y viciada, lo conserva todo indefinidamente, lo acumula sobre la superficie. Esos gases pudieron provocar su alucinación actual. Usted necesita una compañía, una persona cerca de usted. Su mente evocó a Mary Ann, su gran amor. Y la vio, tal como realmente deseaba verla. Y, virtualmente, *sintió* que estaba junto a usted, Mark. Eso ha sido todo.

—He vuelto a pasar por el lugar donde cenamos y bebimos champaña… Está todo allí. Dos copas, platos, alimentos…

—La alucinación llega a tener tal realismo, que se actúa como si ella estuviese allí. La parapsicología describe esos fenómenos sin lugar a dudas, Garfield.

—Incluso una flor cortada de un jardín artificial… —miré, entre mis manos, la flor de pétalos rosados y amarillos, de corola dorada, casi marchitada ya, en el gris oscuro y sombrío de la noche sin vida —. Se la di a ella… y he despertado con esa flor en mi mano, doctor…

—Todo forma parte de la misma visión artificial. No se torture más. No ocurrió. Pero para usted es como si hubiera ocurrido, tan vivida fue la sensación experimentada. Ahora trate de olvidar eso. Quizá vuelva a *verla* en los momentos finales, cuando se aproxime el desenlace… Eso le ayudará algo, no mucho. Pero será una ayuda, no hay duda de ello. Le aconsejo que soporte todos los fenómenos con la mejor serenidad.

—Lo intentaré, doctor —musité—. Pero estoy seguro de que ella… no era una alucinación.

—Lo comprendo— musitó Milton—. Es humano lo que siente,

Mark. Muy humano… Volveremos a charlar, no tema. Mantendré el contacto con usted.

—Gracias… —susurré—. Gracias.

Ya no percibí más su voz. Hubiera querido oír hablar de Ulah. Pero, evidentemente, sólo el doctor se ocupaba de eso. La próxima vez le pediría hablar con Ulah. Sí, necesitaba oír una voz de mujer. Pero de mujer verdadera, real, no de un sueño imposible, perdido en el tiempo, y llamado Mary Ann Garfield… Mi propia esposa…

El silencio era ya absoluto en mis oídos. El doctor Milton no estaba. Nadie estaba ya junto a mis oídos.

Me alejé del lugar donde me había detenido súbitamente la voz del doctor Milton. Caminé despacio, como vencido, apoyándome en los muros fríos, rectilíneos, estilizados, como dagas apuntando al cielo negro de la muerte del mundo, de la noche de la Humanidad…

Luego el tiempo siguió adelante. Mi corto tiempo. Mi escaso tiempo hacia la muerte. Mis pasos me guiaron hacia alguna parte. Alguna parte que ni .siquiera pude identificar en principio, con sus muros grises, su puerta metálica, su aire de jardín o de parque público, algo distanciado de la población.

De súbito, alcé la cabeza, miré las grandes letras doradas, sobre la puerta. Lo entendí. Muchas cosas no habían cambiado todavía en el mundo, ciento treinta años después de mi época.

Las doradas letras tenían un nombre preciso, definido y expresivo, en toda su lúgubre elocuencia:

CEMENTERIO

* * *

Allí estaba.

Era la tumba. *Mi* tumba.

Leí los nombres grabados en ella. Casi tan viejos uno como el otro. Con unas fechas y una dedicatoria ya envejecida sobre la lápida blanca:

MARK Y MARY ANN GARFIELD

Descansen en paz.

Muertos, respectivamente, en 1970 y 1990.

Veinte años de distancia. Veinte años me sobrevivió Mary Ann, tras mi cryonización en el establecimiento del doctor Vadar. Veinte años… Pobre Mary Ann…

Había muerto joven. Muy joven todavía. Acaso sufrió esos veinte años. O acaso un accidente, una súbita enfermedad…

La lápida nada aclaraba. Sólo daba nombres, fechas, como una fría estadística deshumanizada. Pero, aun así, lloré. Lloré por ella…

Para mí esos veinte años no existieron. Para mí ese tiempo inmenso no era tal. Para mí, en realidad, era como enterarme de que Mary Ann acababa de morir.

Pero entonces ¿quién estuvo junto a mí esa noche, ciento diez años después de morir ella? ¿Una visión sicodélica, una imagen soñada, un ser que no existió? ¿Era posible llegar a tanto? ¿Era posible confundir así la realidad con la ficción?

—Dios mío, ¿es posible? —gemí—. ¿Es ello posible…?

—A veces ocurre así, Mark —dijo ella a mi lado.

Me volví, sobresaltado, invadido por el horror. Miré, estupefacto, a la persona que se hallaba junto a mí, en actitud de oración, la mirada fija en la lápida del cementerio.

—No… —musité—. Oh, no, ahora no… No lo creo… No puedes ser tú…

—Mark, ahora sí soy yo… No estás viendo una alucinación. Toca mi piel, oprime mis manos… —se estremeció ella—. Tengo frío… Tengo frío y te necesito cerca. Mark, es tan fácil que compruebes mi existencia, mi realidad…

Y era cierto. Yo tocaba sus manos, oprimía sus dedos, sentía el frío terso de su propia piel, rozando la mía. Era sólida, era corpórea. Ninguna alucinación es así. Uno no puede tocar los sueños de su imaginación y sentir su pálpito, su vitalidad.

—Ulah… —susurré—. Ulah…

En poco tiempo, en mi mundo de soledad, me encontraba con una mujer como única compañera, como persona con quien compartir la ciudad entera, el mundo, de extremo a extremo, de lado a lado.

Una mujer que ya no era Mary Ann, sino Ulah, la enfermera

Ulah, del Refugio 17, la colaboradora del doctor Milton… Ulah, a quien apretaba entre mis brazos, oprimía contra mí, a quien besaba con calor, con intensidad, con pasión…

Y sentía sus labios, notaba la presión jugosa y cálida de ellos contra mi boca. No, no podía ser un sueño, no era un sueño…

De repente, recordé a Mary Ann. Evoqué el champaña, la cena, nuestros besos, nuestro contacto, nuestra pasión satisfecha…

Y horrorizado, me aparté de Ulah. La empujé, alejándola de mí, la vi tambalear entre las tumbas del recinto fúnebre…

—No, no —musité—, ¡Vete! ¡Vete de mí, visión imposible! ¡No eres Ulah, no puedes serlo!

—Mark… —me sonrió dulcemente, tendiendo sus brazos hacia mí—. Mark, has visto que soy yo misma, que mi ser es real, que mi cuerpo es tangible, que mis besos son ciertos, que mi boca tocó la tuya y mi cuerpo rozó el tuyo…

—No, no —musité—. ¡Vete! ¡Vete de mí, visión No eres Ulah siquiera… ¡No eres nadie! ¡No existes aquí, como antes no existió Mary Ann ¡Fuera de mi vista, Ulah! ¡Fuera de aquí! Quiero estar solo, completa y totalmente solo… Quiero estar solo conmigo mismo, con mi destino, con mi propio final inexorable… Pero detesto vivir entre fantasmas… No quiero espectros. ¡No quiero a nadie! ¡No quiero nada, nada en absoluto! ¡Fuera de aquí cuantas sombras hermosas imagine mi mente! ¡Fuera, fuera para siempre, malditas todas!…

Corrí entre las tumbas, cubriendo mi rostro entre las manos, tratando de huir, quizá simplemente huir de mí mismo, y no de los fantasmas de mi mente enfebrecida…

Pero cuando me detuve, cuando una cruz chocó conmigo y me derribó sobre una lápida, yo giré la cabeza, busqué en vano en el silencio y el vacío del cementerio…

No había nadie ya. Nadie, excepto yo.

Ulah había desaparecido. Como si se hubiese eclipsado, como si la tierra del camposanto la, hubiese absorbido… o como si no hubiera existido jamás. Jamás…

—Ulah… Mary Ann…— gemí, exasperado, convulso, vencido por mi propia desesperación, por aquella angustiosa, interminable y tremenda soledad que me cercaba como la peor y más alucinante pesadilla de todos los tiempos—. Nunca…, nunca estuvisteis aquí

conmigo… Nunca fuisteis realmente vosotras las que me acompañasteis en esta soledad atroz en que debo morir… No quiero visiones. No quiero sufrir alucinaciones ni ver hermosas cosas que no existen. No quiero… No, no, Dios mío…

Estaba hundido, agotado, maltrecho. Ahora sentía sueño, cansancio, abatimiento. Todo me era ya igual. Vivir, morir, sufrir o dejar de ser sin advertirlo siquiera…

Aquél era un sitio tan bueno como otro cualquiera para terminar, para morir. Quizá mejor que muchos otros, puesto que era el lugar destinado a los muertos…

Y me tendí. Me encogí sobre mí mismo, mi cuerpo reposó encima de una lápida cualquiera de fría piedra.

Esperando la muerte, la nada, el fin.

No sé si me dormí o no. No supe nada. Floté en una oscura inconsciencia, antes de advertir que una lívida luz asomaba por oriente. Que de nuevo el día, el triste, frío y desolado día del mundo muerto, volvía a iluminar débilmente la gran ciudad, y que poco a poco, tras el celaje sombrío, de espesos nubarrones mortales, un sol tenue, frío y lejano como un planeta remoto, asomaría, para dar un leve calor, el preciso para que el mundo no agonizase bajo los hielos de nuevo período glacial, antes de que el azote atómico terminase con lo poco que aún quedaba en pie sobre la superficie inerte.

Sólo supe que, de repente, la luz me pareció más intensa. Y cuando abrí los ojos, pestañeando, mirando en derredor con sorpresa, vi al hombre.

Estaba frente a mí. Era alto, anciano, de cabellos blancos, muy largos, y barba poblada, igualmente canosa… Tenía arrogancia, solemnidad. Vestía un traje similar al mío, pero en un color irisado, cambiante.

—Esta vez no deliras —me dijo el anciano, sonriente—. No hay sicodelia en mí ni en mi imagen. Yo *sí existo*, Mark Garfield.

CAPÍTULO VIII

Miente —dije, incorporándome lentamente. Caminé hacia él muy despacio. Me detuve enfrente de su erguida, serena figura—. Miente, como todos. Como ellas. No puede existir nadie aquí.

—Existe usted —sonrió el anciano extrañamente, sin desviar de mí sus ojos, que tenían algo peculiar, algo que casi me resultó familiar, aunque sin saber la razón.

—Cierto —afirmé—. Existo yo. Y pronto dejaré de hacerlo. Esto es el fin.

—Ya fue el fin —me rectificó suavemente—. Usted ha venido *después* del fin.

—Parece saberlo muy bien —le estudiaba con recelo—. ¿Quién es usted?

—Eso no importa mucho, Garfield. Es usted quien importa, puesto que aún vive.

—Por poco tiempo —suspiré.

—Pero vive todavía. Siempre que se existe, cabe una posibilidad.

—Una posibilidad, ¿de qué?

—De seguir viviendo.

—No para mí. Llegué tarde —tuve una sonrisa amarga—. Demasiado tarde.

—Nunca es demasiado tarde, mientras se alienta. Usted quiere vivir.

—Siempre quise vivir —murmuré, sacudiendo la cabeza—. Quizá con excesivo afán, con demasiado egoísmo. Quise sobrevivir, tener mi cupo de años de existencia. He vivido más que nadie en el mundo. Pero dormido. Dormido durante más de un siglo. Total, ¿para qué? Desprecié unas semanas de vida junto a una mujer a quien amaba. ¿Por qué lo cambié? Por unas horas de vida en solitario, perdido en el Apocalipsis.

—La vida y la muerte son los grandes misterios de todo mundo habitado —suspiró mi extraño interlocutor—. Nunca trate de desentrañarlos, Garfield. Quizá ni siquiera merece la pena hacerlo…

—¿Quién es usted? —repetí—. Tiene algo…, algo familiar para

mí. No sé lo que ello pueda ser, pero juraría haberle visto antes en alguna parte.

—Es posible —rió entre dientes, sin pestañear—. Muy posible…

—Quiero saber quién es —dije, obstinado.

—Creí que ni siquiera admitía mi existencia. Me supone una alucinación.

—Sí. Producto del gas sicodélico.

—Pero, aun así, quiere saber quién soy.

—Soy humano. Por ello soy curioso. Y poco lógico en el fondo.

—La lógica cambia con la circunstancia —sentenció el anciano —. No es lógico que un hombre solo tenga un mundo para él. No es lógico comer, beber, desear algo, cuando se sabe que cada minuto cuenta, y la muerte está ahí mismo, esperando. No es lógico cambiar unas semanas o unos meses de vida natural y razonable, junto a un ser querido, por la incógnita tremenda de una existencia futura que quizá, como en este caso, me conduzca a nada.

—Conforme —acepté—. No he obrado con lógica. No, hicimos nada lógico los hombres, desde hace mucho tiempo. Pero así han sido las cosas, y nada tiene remedio. El resultado de todo ello es esto: el mundo se terminó. Nosotros tuvimos la culpa. Nosotros, y nuestra lógica…

—Estoy seguro de que ahora cambiaría esto, por unas pocas horas simplemente, en su propio lugar en su tiempo, en su existencia natural, junto a su esposa Mary Ann…

—Espere —corté, seco—. Usted sabe demasiadas cosas de mí. Mi nombre, el de mi esposa… Insisto, por última vez: ¿quién es usted?

—Digamos que soy… el anciano —rió ante mi sorpresa—. Es como usted me ha definido mentalmente, ¿no es cierto?

—También sabe eso… —musité—. ¡Sabe leer los pensamientos! Interpreta lo que yo pienso, estoy seguro ahora de ello.

—Es posible —admitió fríamente—. ¿Usted qué cree?

—No sé qué creer —froté mis sienes, nervioso—. No sé… Usted…, usted no parece una alucinación más. Pero tiene que serlo. Tiene que ser una alucinación. No puede ser otra cosa, estoy seguro. Nadie sobrevive aquí. Ningún ser humano existe…

—¿Quién le dice que yo…, *que yo sea un ser humano*? —habló inesperadamente el anciano.

—Tiene…, tiene que serlo. Su apariencia…

—Mi apariencia… —rió entre dientes—. Se horrorizaría si conociera mi verdadera apariencia…

—No entiendo. ¿Qué quiere decir con eso?

—Lo que usted no imagina —soltó una leve carcajada—. Acaba de decir la verdad. Un ser humano no soporta las radiaciones, no tolera esta atmósfera de muerte. Yo, en cambio, puedo sobrevivir aquí durante años. O siglos.

—No lo creo —rechacé—. No creo nada. Estoy hablando con…, con una imagen falsa, con una alucinación de mi mente.

—Empieza a temer que no es así. Y eso le asusta más que imaginar cosas. Usted sabe ya que yo soy real, que existo y estoy aquí, hablando con usted. Incluso empieza a dudar de que sea como usted y como los demás. Y en eso tiene la razón. Toda la razón…

—Pero eso no es posible…

—No era posible cuando usted nació y existió. Se presentía, pero no se sabía a ciencia cierta. Ahora muchas cosas son diferentes. Muchas…

—Sigo sin saber quién es usted —avancé decidido hacia él, hasta hallarme tan cerca de su figura, que su rostro se hizo visible en todos sus detalles, iluminado fantasmalmente en aquel extraño, lívido amanecer—. ¿De dónde llegó, que hace aquí, por qué ha venido a hablarme, qué significo yo para usted…?

No respondió. Sonreía, sencillamente. Sus ojos me miraban. Yo miraba sus ojos. Y, de repente, el anciano cobró sentido. Un sentido fantástico e imposible, que me hizo retroceder de golpe, estremecido de pavor.

—No, no… —musité—. No es posible…

—Sí, Mark Garfield —asintió despacio—. Es posible. Usted está viendo lo que cree ver. Su mente, sus ojos, sus sentidos no le engañan…

—Pero…, pero es como…, como mirar un espejo…

—No exactamente. Hay una diferencia en eso. Pero se le parece, sí.

—Ese rostro, esa sonrisa, esos ojos, esa figura suya…

—Sí, Garfield. ¿Qué es lo que ve usted?

—Que en todo…, en todo es usted…, es usted IGUAL QUE YO.

—Sí, Garfield

—Sólo que…, que usted es… como podría ser yo dentro…,

dentro de cien o doscientos años, si me fuera dado vivir… Usted es…, *es mi propia imagen, anciana y cansada…*

Y él afirmó, imperturbable:

—Exacto —asintió—. Exacto, Garfield…

* * *

Yo. Yo mismo…

Yo… muchos años, muchos lustros después.

Con largos cabellos, con frondosa barba, con rostro rugoso, pero de ojos brillantes y vivaces, con alta estatura, pero con aspecto de cansancio, de agotamiento, quizá de fatiga de haber vivido demasiado tiempo. O *todo* el tiempo…

—No entiendo… —gemí—. No puedo entender… Usted, yo… No tiene sentido.

—La mente humana tiene limitados espacios para moverse, pero sólo porque ella quiere, por rutina y por acomodaticia. No hay fronteras para la imaginación, Garfield. Usted se ve a sí mismo en un futuro remoto. Yo soy usted, pero no como es ahora, sino como sería dentro de un siglo, de dos…, o como sería, si en vez de dormir esos años, hubiese estado despierto y consciente, dotado de la facultad de sobrevivir a todas las generaciones.

—Pero eso no es posible. Eso no es así…

—Claro que no —sonrió, burlón—. No se está viendo a sí mismo, no tema. No se volvió loco, ni ha dado la vuelta al Tiempo, hasta encontrarse consigo mismo en un lugar del futuro o cosa parecida. Eso es posible en teoría pura. Es posible cuando el ser tiene la facultad de convertir Espacio y Tiempo en una misma Dimensión. Pero no en su caso. Sencillamente, ve su propia imagen, porque así he querido aparecer ante usted.

—Sigue sin tener sentido.

—Lo tendrá cuando sepa el resto. Elegí una apariencia cualquiera. La suya era válida. Pero no pensé en el Tiempo… Y el Tiempo nos distancia mucho a ambos. Por eso mi imagen es la de ese anciano que usted definió. Mi aspecto real le asustaría. Mi modo de hablar no es el suyo. Pero su lengua puede ser la mía, porque así la recibe usted. Sus pensamientos no tienen secretos para mí, porque puedo penetrar en ellos por algo tan simple y conocido de

su mundo, como es la telepatía.

—No entiendo… ¿Hay alguien que pueda tener esas facultades?

—Claro que lo entiende, pero usted mismo se rebela a admitirlo. Sabe que soy algo diferente a lo que conoce. Que hablo su lengua y la entiendo, porque así lo quiero yo. Que adopto su aspecto, porque así estamos más cerca uno de otro y de una mutua comprensión. Y que sobrevivo en este mundo caótico de ustedes por una razón muy simple…

—Porque usted NO ES de este mundo —remaché, estremecido.

—Ésa es la verdad, Garfield —sonrió el hombre que tenía mi aspecto, tal como yo pude haber sido, de vivir desde mi tiempo hasta aquí, como un ser humano normal—. No soy de su mundo. Nunca lo he sido…

* * *

Miré a la planicie brumosa.

Entre vahos, neblinas que flotaban a ras del suelo, bajo el palo denso de nubes, el vehículo ovoide, metálico, extraño, color azul cielo, pero de un azul anterior a la hecatombe nuclear, reposaba en el suelo, apaciblemente, como un objeto inútil y paralizado. A su alrededor, una vaga luminescencia flotaba en el ambiente, emitida sin duda por aquel metal. Se percibía un zumbido casi, electrónico en el aire, formando en derredor un sonido metálico, vibrante, casi fantástico.

—Ésa es… —dije, fascinado—. Sí, Garfield. Ésa es mi nave — dijo el anciano | apaciblemente.

—Una astronave…

—Así la llamaron los hombres desde hace muchas generaciones —sonrió él—. Una cosmonave. Intergaláctica, Garfield.

—Viajan entre galaxias… ¿Es eso posible?

—Usted ve una forma, una materia sólida. Corno me ve a mí — su sonrisa se dulcificó. Era igual que dar lecciones elementales a un niño de una clase parvularia—. Pero no somos sólidos en realidad. Ni la nave ni yo.

—Entonces ¿*qué* son?

—Energía pura. Luz, vibraciones, *algo* indefinible para su concepto de las cosas y de la existencia inteligente. Nos trasladamos

como energía que somos, a través del Espacio y del Tiempo. La velocidad de la luz fue siempre el freno del Hombre, encarado a los misterios remotos de su Universo. Un obstáculo insalvable para la Física, para la Astronáutica… Nosotros nunca tuvimos ese problema. Nosotros podemos desplazarnos a una nebulosa a millones de años-luz de distancia en el mismo tiempo en que salvamos una distancia infinitamente pequeña. La energía ni siquiera es luz. Su traslado es inmediato, a cualquier lugar del Universo, por distante que sea. ¿Lo va entendiendo?

—Mal, pero lo entiendo en parte —suspiré.

—Ahora ya sabe que procedemos de una inmensa distancia, casi incalculable en su corto concepto de ciertas cosas. Sabíamos que su mundo estaba habitado, pero, cuando hemos arribado a él, nos encontramos con la tremenda sorpresa de ver lo sucedido. Sinceramente, creo que llegamos un poco tarde.

—Un poco tarde… como yo.

—Sí, posiblemente como usted —sonrió débilmente el anciano —. Para nosotros, eso tiene sin embargo fácil arreglo. Queremos estudiar su especie, su forma de vida social, su auténtico nivel intelectual y emotivo. Lo que haremos es ausentarnos de la Tierra nuevamente. Y volver a ella *antes*.

—¿Antes? —pestañeé, perplejo—. Eso sí que no lo comprendo…

—Es simple. Pero debe situarse para ello en un plano diferente al que usted conoce. No considere al Tiempo como una constante inexorable, que avance al mismo ritmo que su vida, y en el que no puede moverse, hacia adelante o atrás, para convertir el futuro, el pasado y el presente en una misma dimensión, un mismo plano en que desenvolverse sin problemas.

—Teóricamente, eso es factible y se habló de ello en mi época. Pero solamente se pudo hacer posible en las páginas de los libros, nunca en un mundo de realidades.

—Se lo dije. Nosotros somos diferentes. Nuestra propia velocidad al movernos por el espacio, permite que el Tiempo sea elástico y variable siempre. Podemos regresar dentro de mil siglos, y para nosotros será igual que un segundo. O volver en la Prehistoria de su mundo, sin que aparentemente cambie para nosotros el momento elegido.

—Viven al margen del Tiempo… —sugerí.

—Nos movemos *en él*, como si fuese un espacio. Y lo es, en realidad, usted creo que lo puede entender muy bien.

—Sí, entiendo… —sacudí la cabeza—. Pero no puedo creerlo.

—¿No? —sonrió el anciano—. Sin embargo, leo en su mente que usted viajó en el Tiempo, a su modo por lo menos.

—Es diferente. Dormí en un estado de hibernación. Cryonización se llamó entonces. Congelado artificialmente, desperté cuando mi enfermedad tuvo curación posible por medio de la ciencia terrestre. Pero ya lo ve; era demasiado tarde. No sirve de nada haber sanado. Esto es la muerte, a fin de cuentas. Nadie escapa a su destino.

—Comprendo —la inteligencia, una inteligencia superior y deslumbrante, brillaba en el fondo de las pupilas del anciano, que eran mis propias pupilas en un rostro viejo y noble, posiblemente como yo lo tendría alguna vez en el futuro…, si hubiese vivido para ello—. Usted, en realidad, está arrepentido de haber escogido ese camino. Usted no quiere ahora vivir la existencia que entonces escogió.

—Es evidente —me encogí cansadamente de hombros—. ¿Para qué vivir, aunque ello fuese posible? Es mejor morir cuanto antes.

El anciano recorrió silenciosamente con su mirada el paisaje urbano, frío y silente. Se movió despacio, afirmativamente, su blanca cabeza.

—Sí, no es muy alentador sobrevivir en el futuro…

—No hay futuro, ¿no lo entiende? —musité—. Aquí terminó todo…

—No puede tener tan poca fe, tanta desesperación. Confíe en el porvenir. Confíe en lo que usted llama Dios, y yo defino de otra forma, aunque en resumen es lo mismo para todas las criaturas del Universo. Algún día, la Tierra volverá a ser un mundo habitado y feliz, hasta que acaso vuelva a destruirse a sí misma, en un repetido error que nunca se termina. Pasarán miles de años, pero volverá una nueva especie, unos nuevos seres, una gente mejor… o peor, pero gente a fin de cuentas. Créame, Garfield.

—Quiero creerle —suspiré—. Pero yo mismo ¿qué significo, qué represento en ese futuro? Nada. Una de las últimas criaturas de otra Humanidad ya extinguida y olvidada entonces. Y de nuevo vuelta a empezar… hasta terminar.

—Garfield, noto mucha amargura en su voz. ¿Qué es lo que le

ocurre? ¿No está dispuesto a morir resignadamente?

—Claro que lo estoy. Me hice ya a esa idea.

—¿Entonces…?

—No sé. Es difícil de hacerlo comprender a alguien. Y a usted con más motivo. Quizá la energía, como forma de vida inteligente, no tenga iguales sentimientos que los humanos, o no los entienda.

—Olvida que puedo leer en su mente, Garfield —sonrió mi fantástico interlocutor—. No, no tenemos sus sentimientos, pero los entendemos. Usted los define mentalmente muy bien. Sí, me doy cuenta de lo que siente. Recuerda usted su tiempo real. Recuerda usted a su gente, a su mundo. A su esposa.

—Sí… —gemí—. Mi esposa… Mary Ann…

—Mary Ann murió en su tiempo. Usted había muerto ya antes para ella. Pero ahora se da cuenta de que hubiera preferido morir a su lado, junto a ella, en el momento que su enfermedad le marcaba. Y no le hubiese importado. No le importaría que las cosas pudieran hacerse otra vez, sólo para poder regresar junto a ella, y sin importarle los sufrimientos y la larga y dolorosa agonía, pasar esos días, esas semanas, junto a Mary Ann…

—Sí, sí…

—Pobre Garfield… —El anciano movió lentamente su cabeza—. Usted fue egoísta entonces, sin pensar en el daño que a ella y a sí mismo se hacía…

—No pensé nada. Solamente no sufrir, no hacerla sufrir a ella…

—A veces, es peor la solución escogida. Y no se resuelve nada con ella…

—Me doy cuenta demasiado tarde.

—Tarde… Es un concepto que le aterra, ¿no?

—Dios mío, como jamás pensé que pudiera aterrarme —confesé, patético.

—¿Por qué no viene a la nave conmigo? —señaló el cuerpo ovoide, resplandeciente, con un gesto suave, cálido—. Entre, visite mi vehículo galáctico…

—Podría ser peligroso para… —reí entre dientes—. ¡Peligroso! ¡Qué tontería! ¿Qué más da morir bajo la radiactividad que dentro de una masa de energía?

—Le aseguro que no corre peligro alguno. Mis semejantes, las criaturas que formamos la dotación de esa nave, adoptaremos la

forma humana, como yo mismo, para que nuestra apariencia física,, cuando nuestra energía se convierte en materia palpable, no le cause terror. En cuanto a nuestra, energía es graduable a voluntad. Podemos aniquilar mundos… o podemos convivir con cualquier clase de seres. Venga, se lo ruego. Venga sin temor, Garfield…

Yo no pude hacer otra cosa que lo que hice: seguirle.

Así entré en una nave espacial, procedente de otras galaxias. Junto a un hombre que era como yo mismo sería dentro de muchos años, en el caso de haberlos vivido…

Y dentro de la cosmonave, me aguardaba otra sorpresa, tan desconcertante como todas las demás.

CAPÍTULO IX

Allí, no sólo era el anciano quien se parecía a mí.

Vi docenas de seres alineados, silenciosos, que se movían de un lado a otro, como un disciplinado ejército de fantástica semejanza entre sí. Porque absolutamente todos los habitantes de la extraña nave eran *iguales* a mí.

Diferentes edades, apariencia algo distinta, pero el mismo rostro siempre: el mío. Era como verse en una sala de espejos, repetido hasta el infinito. Lo curioso era que ni siquiera me miraban o se fijaban en mí. Pasaban a mi lado, se alejaban, erguidos y serios, inexpresivos y silenciosos como espectros.

Les miré, fascinado. El anciano me despejó el enigma.

—Todos ellos son seres de mi misma especie, Garfield. No tenían otro modelo para imitar, excepto el suyo. Como yo mismo, tomaron su rostro y su aspecto para tener apariencia humana. Disculpe su poca imaginación en ese sentido. Ellos nunca supieron lo que era «un rostro». Ahora que lo saben, sólo conocen el suyo. Ve diferentes apariencias o edades, porque nuestro subconsciente adapta su aspecto físico a nuestra propia edad, dicho en su términos propios.

—Entiendo —asentí—. Ahora lo entiendo todo con más claridad. A fin de cuentas, estoy ya sintiéndome a salvo de sorpresas y desorientaciones. Es como vivir de repente en un lugar donde todo es posible…

—Todo, o casi todo —me rectificó suavemente el anciano—. Venga conmigo…

Me condujo por galerías de apariencia vidriosa, luminescente y sin muebles ni puertas, dotadas únicamente de tubos o conductos, entradas circulares y láminas deslizantes, hacia una cámara que debía ser la suya personal. Un lugar dotado de una serie de extraños controles y resortes, ante una pantalla verdosa. Posiblemente aquél era el corazón de la nave, el punto desde el cual se manejaba su infinita energía, para viajar por el espacio sin límites a cualquier velocidad y distancia imaginables.

—Y bien… —murmuré, cuando le vi erguido junto a los

controles o mandos de su ingenio—. ¿Por qué me ha traído aquí?

Me miró larga, silenciosamente. Sonrió, acercándose a mí pausadamente.

—Garfield, quisiera ayudarle —dijo.

—¿Ayudarme? ¿Por qué?

—No sé. No me pregunte la razón. Pero, ya que nosotros tenemos que marcharnos ahora y dejar este mundo muerto, creo que sería preferible hacerlo sin dejarle aquí, o morir de un modo cruel y estúpido…

—No creo que haya otra solución —sonreí—. Yo no podría desplazarme por el espacio, como ustedes. No soy energía, sino materia. Tengo mis limitaciones.

—Lo sé. No le ofrezco venir a otro planeta, a otra galaxia. Lo que le ofrezco es algo muy distinto.

—¿Qué, exactamente?

—Una elección, Garfield.

—¿Elección?

—Sí. Una oportunidad más. La última para usted.

—No puedo entenderle…

—Garfield, usted me ha expuesto sus sentimientos. Creo que necesita ayuda. Morir ahora o haber muerto entonces… es diferente para usted. Quiere volver junto a Mary Ann.

—Sí… —le miré, asustado.

—Pero ella no puede venir aquí, con usted. Los muertos no vuelven a vivir. Eso, ni siquiera nosotros podemos hacerlo.

—Y pensar que yo creí verla, estar al lado de ella esta misma noche, en esa ciudad sin vida…

—Sicodelia —sonrió el anciano—. Usted la sabe. Pero lo que yo le ofrezco no es una simple visión. Le doy dos alternativas. Elija: quedarse aquí, a cumplir su destino… o volver al pasado. Junto a Mary Ann.

—¿Qué? —casi grité, demudado.

—Le dije volver al pasado —su sonrisa se hizo más amplia—. Volver, Garfield. Eso nos está facultado lograrlo, y permitirle a usted viajar atrás en el Tiempo, hasta su momento preciso.

—No es posible…

—No es. En usted está la elección. ¿Qué decide?

—Dios mío… —musité—. Quiero volver. Volver junto a Mary

Ann…

—¿Definitivamente ?

—Definitivamente, sí. Estoy seguro de lo que deseo.

—Bien. Es todo lo que quería saber —se acercó a mí. Puso sus manos en mis hombros. Me miró largamente—. Ahora duerma, Garfield. Duerma tranquilo… Y olvide todo. Olvide cuanto ha vivido. Déjese descansar… Y adiós, muchacho. Adiós por una eternidad. Nunca más nos veremos. Sólo espero haber acertado, y que usted acierte también. Adiós, Garfield… Mucha suerte… y tenga fe. Hasta, el momento final de su vida, tenga mucha fe. Tal vez todo pueda ser diferente esta vez…

Sentía que me adormecía. La mirada del anciano era como dos bolas de fuego que creciesen y creciesen, deslumbrándome. Me sentí inmerso en ellas, en su luz y su llamarada. Mi mente se nubló, mi cuerpo pareció flotar, hundirse suavemente en una especie de mágico nirvana.

Y ya no recordé más. Ya no vi ni sentí más…

* * *

La primera vez que abrí los ojos, me deslumbró la luz.

Los cerré. Sin duda, los ojos luminosos del anciano eran demasiado cegadores ahora, y su poder hipnótico colosal me hundía en un deslumbramiento capaz de aturdirme, de borrarlo todo, formas y colores incluidos.

Cuando por segunda vez alcé los párpados, la luz era ya más tolerable. Miré a un lado y otro. Le vi entonces. Inclinado sobre mí.

—Usted… —musité—. ¡*Doctor Vadar*!

El doctor Janos Vadar sonrió. Se inclinó más sobre el lugar donde yo reposaba.

—¿Se encuentra bien, Garfield? —preguntó.

—¿Por qué habría de encontrarme mal? —musité—. Las radiaciones aún no me afectaron.

—Las… ¿qué? —Vadar puso gesto perplejo—. Aquí no hay radiaciones posibles, Garfield. No existe peligro alguno en mi establecimiento.

—Su establecimiento… —vacilé. Mi mente se agitó, en una enorme confusión—. No, no puedo entenderlo… ¿Qué está sucediendo? Ese maldito gas sicodélico…

—El que no le entiende soy yo —suspiró Vadar—. Sin duda ha estado soñando durante su reposo…

—Soñando… —musité—. Dios lo hubiera querido… Doctor Vadar, ¿qué hace usted aquí? Sé que no existe, que no puede ser usted, pero…

—Alto, Garfield —me interrumpió. Arrugó el ceño, me tomó el pulso y meneó la cabeza, perplejo—. Está correcto todo. No entiendo sus delirios. Es posible que la primera fase de la cryonización le haya hecho mal efecto a su mente, pero su estado es perfectamente normal. Será mejor que repose. Luego le examinaré más a fondo. Es posible que esas raras ideas suyas de ahora desaparezcan pronto.

—Pero, doctor Vadar, no es posible esto… —me erguí. Estaba en un lecho normal, en una habitación de la clínica, rodeado de cosas familiares, de objetos de mi propia época. Todo aquello era imposible, me repetí a mí mismo alucinado—. Doctor, yo estaba en…, en…

Me detuve. El doctor me miraba como si estuviese loco. Miré mis ropas. Blancas, asépticas, normales. Miré la ciudad, allá frente a mí, al otro lado del ventanal. *Mi* ciudad. Pero como siempre había sido. Sin nubarrones de muerte. Con sol, con sus formas de toda la vida, con sus edificios, viejos pero entrañables, tan distintos a la lineal arquitectura fría de la noche del mundo…

Vadar me examinaba curiosamente. Habló con voz calmosa:

—Creo que su confusión es lógica. No tenía que despertar ya de su sueño, hasta que alguien le extrajera de la cápsula cryónica en el futuro. Pero han ocurrido cosas que alteraron mis proyectos, en estas veinticuatro horas.

—¿Veinticuatro horas ha dicho?

—Es lo que llevaba usted dormido, en el tratamiento previo a la cryonización definitiva. Le he hecho despertar para consultarle algo trascendente. Me he creído en la obligación de ello, por bien suyo tal vez. Y de todos.

—No le entiendo…

—Garfield, hay una noticia de última hora, procedente de Calcuta. Un médico hindú, un investigador, ha dado con una droga experimental. Dice que es muy posible que logre curar su dolencia. Ha obtenido hasta quince dosis de la droga. No afirma nada, pero su

esposa ha reclamado una dosis, y está la confirmación oficial del Departamento de Sanidad de Nueva Dehli, concediéndole el envío urgente de la droga.

—Mi esposa… —vacilé—. Mary Ann…

—Sí. La señora Mary Ann Garfield estuvo a verme. Sabía lo de su proyecto. No quiso en modo alguno oponerse a la cryonización, puesto que era su deseo. Pero sí quiso apurar todos los recursos previamente. Esa droga llegará mañana a la ciudad, procedente de la India. Señor Garfield, posiblemente sea sólo un experimento sin resultado. Pero puede resultar en su caso, en otro cualquiera, en todos… o en ninguno. Vale la pena esperar. Luego aún estaremos a tiempo de cryonizar, posiblemente.

—Doctor Vadar… —musité—. Dice usted que mi esposa… sabía todo esto.

—Está ahí fuera, aguardando a que esté en condiciones de verla —señaló la puerta del fondo de la salita—. Quiere pedirle que, antes de entrar en la cápsula, se someta a esa experiencia…

—Dios mío, doctor, ¿y a qué espera? Hágala entrar, se lo ruego… Hágala entrar sin perder tiempo…

—Está bien, ella entrará ahora. Ustedes dos deberán decidir. Yo esperaré su respuesta, amigo mío…

Se dirigió a la puerta. La abrió. Asomó al exterior.

—Señora Garfield, su esposo la reclama. Pase, por favor…

Se hizo a un lado el médico. Luego entró ella.

Y era ella. Mary Ann. Mi esposa.

El doctor cerró suavemente tras de sí. Nos dejó solos.

Oí la voz de Mary Ann, más dulce y bella que nunca:

—Mark…, cariño…

* * *

Nunca hubo un beso más largo.

Nunca sentí tan cerca su cuerpo, su contacto, su calor vital. Nunca un estremecimiento fue tan profundo como el que recorrió todo mi ser.

Al separar nuestros labios, fuimos incapaces de desprender nuestros brazos también. Nos miramos profundamente, al fondo mismo de los ojos.

—Mark… —susurró.

—Mary Ann… —dije roncamente.

—Mark, el doctor Vadar dice que…

—Lo sé. La droga del médico de Calcuta, el avión de Nueva Dehli… Lo sé todo.

—¿Y… aceptas?

—Sí, Mary Ann.

—Mark, tú…, tú ibas a cryonizarte, a sepultarte en vida, haciéndome creer que habías muerto…

—Lo siento Mary Ann. No era justo.

—No, no era justo. Sé que lo hacías por no sufrir, por no hacerme sufrir a mí también, pero no era justo…

—Mary Ann… Mary Ann, no me cryonizaré. Me quedo. Me quedo a tu lado.

—Gracias, Mark. Gracias por esta oportunidad… —había lágrimas en sus ojos—. Después, si la droga no resulta…, yo…, yo te pediré que te cryonices. Yo misma te lo rogaré, Mark…

—Mary Ann, no lo entiendes —sonreí—. No pienso cryonizarme ya.

—Mark…

—Resulte esa droga o no. Viva o muera… me quedo. Me quedo a tu lado, hasta el fin.

—Mark… —las lágrimas resbalaron por sus mejillas—. Yo iba a pedirte eso, pero pensé que no era justo, que era egoísta por mi parte que yo…, yo…

—Está decidido, Mary Ann… —recordé al anciano. ¿Fue real? ¿Soñado? Eso sucedía ciento treinta años después. Ahora solamente estaba un día después de mi primera visita al establecimiento del doctor Vadar. Añadí, roncamente—: me quedo a tu lado. Si he de morir, quiero que sea junto a ti. No te dejaré Mary Ann. Ya no… hasta que la muerte me lleve.

—Oh, Mark… —se echó en mis brazos.

Me besó de nuevo. Y yo a ella…

* * *

El automóvil corría veloz, de regreso a casa.

Yo pensaba en la droga esperanzadora. En las palabras lejanas

de un anciano increíble: «Hasta el mismo fin, tenga fe, Garfield… Tenga fe. Quizá las cosas ocurran de un modo diferente a como esperaba…»

Tal vez todo fuese igual. Pero eso no importaba. Estaba Mary Ann a mi lado. Y ahora no era sicodelia. Ahora no era fingido, sino real. Ahora había sol, luz, aire diáfano y claro.

Conducía Mary Ann. Y yo meditaba, a su lado. Viró, para entrar en la avenida donde teníamos nuestro hogar, rodeado de suave césped.

—¿Sabes, Mark? —habló entonces.

—¿Qué? —me volví a ella.

—Anoche tuve un sueño…

—¿Un sueño?

—Eso es. Soñé con una extraña ciudad desierta, vacía… Solamente tú estabas en ella, deambulando solo, desesperado… Y yo corría a ti, tus brazos me rodeaban… Nos besábamos… Estábamos solos en el mundo… Solos los dos.

—Mary Ann… —temblé.

—Fue una horrible pesadilla. Porque luego bebíamos champaña en un parque desierto, brindábamos… y de repente tú no estabas ya. Y yo me quedaba sola en aquella ciudad…

—Mary Ann… —repetí, estremecido.

—Olvídalo —sonrió, mirándome—. Fue solamente un sueño. Ahora, estamos juntos los dos. Hasta el fin… sea cual sea.

—Un sueño… —murmuré, crispado. Luego, sonreí tiernamente. Y traté de olvidar—. Sí, tienes razón. Hasta el fin… sea cual sea…

F I N

Otras obras publicadas de este mismo autor:

MURIÓ EN LARAMIE
Rutas Oeste 467

FRANKIE SILVER
Seis Tiros 411

UN MILLÓN DE DÓLARES
Espuela 53

Próximo número:

¡BIENVENIDO A CIBERLAND!

JOHNNY GARLAND

Era la más fabulosa ciudad
del Futuro.
Pero a Ciberland,
maravilla del Turismo 2000,
no sólo llegaron visitantes
ávidos de atracciones,
sino también el horror, la muerte
y el pánico más alucinante.

BOLSILIBROS TORAY

OESTE



ARIZONA
Publicación quincenal. 9 ptas.



HURACÁN
Publicación quincenal. 9 ptas.



RUTAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 9 ptas.



SIOUX
Publicación quincenal. 9 ptas.

6
TIROS

SEIS TIROS
Publicación quincenal. 9 ptas.



ESPUELA
Publicación quincenal. 9 ptas.



BEST-SELLERS DEL OESTE Los mejores "westerns" americanos.
Precio: 20 ptas. Publicación quincenal.

GUERRA

HAZAÑAS BÉLICAS Publicación quincenal. 9 ptas.



ANTICIPACIÓN



CIENCIA FICCIÓN
Publicación quincenal. 9 ptas.



ESPACIO
Publicación quincenal. 9 ptas.

ESPIONAJE



Aventuras de dos extraordinarios espías.
9 ptas. Publicación quincenal.



Una selección de autores franceses.
Precio: 30 ptas. Publicación mensual.

POLICÍACO

HURÓN Los maestros europeos de hoy en narraciones de intriga, crímenes, suspense... Precio: 50 ptas. Publicación quincenal.



Notes

[←1]

(1) Rigurosamente cierto. La cryonización no es una fantasía del autor, sino un proceso muy en boga actualmente en los Estados Unidos. «Ave Fénix», la entidad que primero ha utilizado tal procedimiento, posee ya más de quince personas cryonizadas, a la espera de una solución a su incurable mal del presente. Se rumorea, incluso, que Walt Disney es una de ellas. Naturalmente, los resultados están por ver. La solución, pertenece al futuro. Pero la teoría cryónica está ya en marcha en la práctica. (N. del A.)

[←2]

(1) Téngase en cuenta que la actual matriculación en los Estados Unidos, se hace por Estados y no ciudades. Por ejemplo, en Nueva York corresponde el nombre «Empire State», antepuesto a las cifras de matrícula.